

F. CAZORLA

Todo sobre mi alma

Poemas, relatos y microtextos



Todo sobre mi alma

F. Cazorla

A todas los seres queridos...

INDICE

PRÓLOGO

POEMAS

- 1.- Si tú quisieras.
- 2.- A veces.
- 3.- El Dolor.
- 4.- Recuerdo.
- 5.- Mi chiqui.
- 6.- Amor.

- 7.- Un día...
- 8.- Recuerdo.
- 9.- Desde que te conocí.

POR UN PUÑADO DE RELATOS

- 1.- La Timba.
- 2.- Jekyll contra Hyde.
- 3.- Deuda.
- 4.- La Trilla.
- 5.- Una de ¿amor?
- 6.- ¿Reyes Magos?
- 7.- El candil
- 8.- El señor Tobías
- 9.- Miel que te quiero miel
- 10.- Cruce de caminos
- 11.- Narel

MICRORRELATOS

- 1.- Poesía.
- 2.- Amor al trabajo.
- 3.- Corazón de hielo.
- 4.- Echar de menos.
- 5.- El No Beso.
- 6.- El olvido de las letras.
- 7.- No te conozco de nada.
- 8.- Mamá.
- 9.- Invencible.

Prólogo

En la vida, nos encontramos formas muy diversas para poder expresar lo que sentimos, lo que nos duele, lo que odiamos, lo que nos gusta, lo que no nos gusta... y una larga lista que harían de este prólogo más que un prólogo, un manual de expresión.

En esta ocasión Francisco nos ofrece una recopilación de poemas, relatos y micro-relatos directos desde su más profunda necesidad de expresar, todo lo que guarda en su interior.

La poesía, nace del corazón de cada uno de nosotros. Una vez que estos poemas brotan de ti, logran construir lo que conocemos como solidaridad para la fraternidad humana, uniendo a hombres y mujeres sin distinción de razas, creencias, posición social... sea de dolor, rabia, tristeza, alegría...

Romper las cadenas que nos amarran, tener una razón para seguir, dar fuerza a tus reclamos sin que te importe que la voz se pierda en la indiferencia, dejar una marca indeleble, abrir un espacio para los suspiros y cerrar con llanto.

La poesía, es el género en el que podemos ver con mayor claridad,

reflejado el corazón de su autor. Por otro lado el relato nos ofrece un amplio abanico de posibilidades. Nuevos mundos en los que evadirnos de nuestros problemas, sentir que estamos viviendo la historia con cada palabra que leemos, emocionarnos cuando los personajes se emocionan, sufrir cuando los personajes sufren...

Incluso los autores, cuando escribimos algo con lo que hacemos sufrir a nuestros personajes, sufrimos junto a ellos, sentimos su sufrimiento como si fuese nuestro, su dolor como si fuese nuestro, sin importar que sea una historia ficticia o no. Esto puede llevar en algunas ocasiones a que el lector se confunda y termine pensando "¡es posible! que parte de estos acontecimientos los haya vivido el autor".

Aunque no tiene necesariamente porque ser así, se pueden expresar sentimientos sin haberlos vivido personalmente y no por eso van a ser sentimientos más débiles o peores.

En los relatos los sentimientos del autor pueden quedar en segundo plano, los personajes pueden tener vida propia, mientras tú eres la mano que los guía por el camino, el cual los llevara al triunfo o a la perdición.

María del mar Martín Fernández.

POEMAS

1.- “Si quisieras...”

“Si quisieras te regalaría
un trocito de luna en las noches,
un armario de deseos
y las letras de mis poemas;
si quisieras me conformaría
en la pobreza más mísera
con un beso de tu boca
y un te quiero todavía...
si quisieras te amaría
con un sentimiento sin escudo
con mi alma entrelazada
a este profundo sentimiento
por milenios y milenios
y hasta después
de lo que haya...”

2.- “A veces”

“A veces me pregunto

si la sangre
que por tus venas corre
es sangre en realidad;
Más bien parecen
ríos de agua helada
o veneno enmascarado
en cálido y tierno líquido.
En tus venas
me aventuré a navegar,
y ahora sé
que un grave error cometí,
porque lo que hiciste fue,
inundar mi corazón
de un agónico dolor,
y naufragó mi alma
en este océano
de odio y rencor

que me mostró
tu falso amor.
No pidas ahora perdón,
que ni dios concede penitencia
a un desagradecido corazón...”

3.- “El dolor”

“Anoche conocí lo que es el dolor,
esa palabra que nadie quiere,
y que nadie conoce en realidad,
y quien la conoce no la puede explicar.
Yo tampoco la puedo explicar,
ni siquiera sé porqué estoy escribiendo;
no sé qué es lo que me empuja
porque hoy no tengo fuerzas ni para vivir.
Ahora sé con certeza que dios no existe,
no puede existir,
o si no, no me haría esto,
no me lo haría...
Ganas tengo de llorar,

llorando habría de estar,
pero no puedo,
anoche se acabaron mis lágrimas.

Dolor es lo que siento,
por no poder morir yo,
y deseo estarlo,
pero no puedo...

Dolor es ver morir a alguien,
ver morir tu alma misma;
es como morirse uno mismo
pero sin llegar a la muerte.

Dolor es amarla mientras muere,
es abrazarla mientras se te va,
poco a poco, y tú ves
que te está dejando... para siempre.

Dolor es verla con una sonrisa,
dolor es saber
que sonrías por ti,
dolor es que te hagan sonreír.

Dolor es saber que te quiere,
dolor es cuando prometes
que vas a seguir viviendo
porque es lo último que te pide.

Dolor es prometer
que siempre la querrás,
que nunca la olvidarás,
que ante todo, vivirás...

Dolor es querer morir,

morir es querer estar con ella,
dolor es tener que resistir,
y resistir es sufrir toda la vida.
Dolor es oírla decir
sé feliz...
porque sólo tú te lo mereces,
dolor es merecerlo...
Dolor son tantos recuerdos
que quedan;
dolor son tantas palabras
nunca dichas.
Dolor es sentirse solo,
saber que muere el corazón.
Dolor es dejar sin alma
un cuerpo que ya no desea vivir.
Dolor es tener que seguir...”

4.- “Recuerdo”

“Quiero expresar lo que siento,
y con palabras no puedo;
las letras son mi salida,
y por ello lo escribo.
Tengo el corazón herido,
lo tengo hecho añicos,
pero no me dejan curarlo,
no me dejan tranquilo.
A cada golpe, más daño le hacen,

y se resiente dolorido;
mi corazón está cansado,
y no quiere morir en el olvido.
Si no es por los amigos,
es por un amor prohibido,
o por un ser querido...
pero mi corazón acaba malherido.
Desearía que de piedra fuera,
para así resistir los golpes
y poder devolverlos
cuando quiera que pudiera.
Duro es tener que seguir
cuando no se tiene ya ganas de vivir,
pero si hice una promesa
aunque no quiera, la voy a cumplir.
A veces me maldigo
por haberte dado mi palabra,
o más bien de ser tan tonto
de cumplirla siempre.
Sólo tú sabes de esa promesa,
sólo tú me has conocido,
y no sé si darte las gracias
por sacarme ese te lo prometo.
Hoy hace ya tres meses
que sin ti vivo,
si esto se puede llamar vida,
más bien parece un castigo.
Desde que me dejaste

la vida no me deja levantarme,
cuando parece que me pongo en pie,
otro golpe me hace rendirme.
Quizá sólo sea mala suerte,
o es que cuando estabas tú
todo era mejor,
o parecía más fácil superarlo.
Je, je, ya te escribo de nuevo,
como si fueras a leer esta también,
como hacías antes,
¿irónico, verdad?
Recuerdo ahora cuando me decías:
Poeta más malo no he visto,
peo que escriba tan bonito, tampoco...
y te partías de risa.
Mis poesías han cambiado,
ahora no te gustarían,
el que escribe ya es otro,
es un desconocido.
Tú te quedaste con el mejor,
y lo sabías,
por eso me hiciste prometer tanto,
no querías que cambiara...
Pero sabías que cambiaría,
no podías hacer nada,
pero no te preocupes,
tengo mucho tiempo.
Intentaré parecerme al de antes,

al menos una parte,
lo intentaré por muchas cosas,
me gustaría conseguirlo.
Muchas veces te envidio,
eras tan fuerte,
tan luchadora que
ni la muerte contigo pudo.
Terminaré esto como siempre,
todos los 19 de mi vida así lo haré,
renuevo mi promesa por ti:
Te lo prometo... y Te quiero...
Adiós, querida”.

5.- “Mi chiqui.”

“Te escribo estas líneas porque necesito plasmar
en papel todo lo que siento, así cuando nos veamos tú puedes leerlo, de ese
modo estoy seguro de que no se me olvidaría contarte nada...
Aunque te lo haya dicho miles de veces, tengo
que hacerlo una vez más: eres la niña más bonita que

han visto mis ojos, me encanta tu pelo cortito,
tu pelo liso, con ese rubio tan lindo...

Me encantan esos ojos marroncitos que cuando
me miran me atraviesan el alma y hacen que a cada
mirada me enamore un todavía un poquito más de ti, me encanta cuando veo en
ellos un Te quiero...

Me encanta tu carita toda, porque es lo más
hermoso que ha hecho dios para este mundo, esa
naricita tan linda, y esas mejillas que se ponen tan
bonitas cuando se sonrojan un poquito...

Adoro esa boquita que te tiene por dueña, cuando
habla porque es preciosa, cuando calla porque es
hermosa, y cuando ríe porque me alegra el alma,
esa sonrisa tuya me enamora...

Me encantan esos labios tan dulces que hacen especial hasta el beso más
inocente, adoro sentirlos
cerca de los míos, cerca de mí, porque a cada beso
me das un poquito más de vida...

Me encanta tu piel porque cuando te acaricio es
como acariciar el mismísimo cielo, y siento que todos mis sentidos se unen
para sentir como miles
de sentimientos atacan a mi corazón...

Me enamora ese cuerpo tan bonito que tienes,
aunque siempre estés diciendo que si esto o lo otro,
es el cuerpecito más lindo que siempre deseé,
porque... es precioso.

Por todo esto que he escrito hasta aquí me
tienes que dar la razón cuando te digo que eres

perfecta; para mí la perfección eres sólo tú, y por eso me gustas tanto y me has enamorado también.

No te preocupes porque aún puedo seguir, y te diré qué más cosas han hecho que me enamore de ti, cositas que tienes y que me gustan tanto y que para mí son tan importantes...

Me encanta que seas tan buena, tienes un corazón tan grande que no me extraña que todo el mundo te quiera, y el que no te quiere es porque no te conoce nada...

Me encanta que a veces seas tan tímida, y te cueste decir las cosas. Adoro esa forma de esconder la mirada y ese sonreír tan tímido mientras se te enrojecen las mejillas...

Me encanta que cada vez confíes más en mí y se te olvide esa timidez, y que me hagas reír, y que tenga que ser lo que tú digas, que me digas lo de Tú mandas y yo pongo las leyes...

Me encanta que a veces te enfades conmigo y otras te dejes enfadar tan fácil, me encanta porque hasta enfadada eres preciosa y aunque no me conviene, no puedo resistirme...

Me encanta que me hayas cambiado la vida, que hayas hecho que confíe en ti, que me dejes quererte, que me quitases la timidez de antes, me encanta haberme enamorado de ti...

Me encanta cuando me dices que me quieres, me encanta que cada vez me lo digas más, y no como antes, con cuentagotas, me encanta esa forma tan dulce de decirlo, lo haría

toda mi vida...

Me encanta que cuando estamos juntos seas tan cariñosa y tan tierna al principio, y tan lanzada y pasional después, me haces sentirme el hombre más afortunado del mundo...

Adoro decirte que te quiero mientras miro esos ojos tan bonitos, mientras beso esos labios tan hermosos, mientras te tengo en mis brazos, adoro saber que me correspondes...

Me encanta cuando me dices que soy un borde, que soy un pesado...pero siempre me gusta bromear, y claro que te diré todos los días cientos de veces que te quiero...

Y ahora no se cómo voy a terminar estas líneas, porque aún podría decirte más cosas, pero será en otra ocasión, porque espero poder tenerte toda mi vida a milado y decírtelo poquito a poco...

Por eso sólo tengo una forma de terminar la poesía, y es la que tú ya sabes: Chiqui, eres maravi-llosa y te quiero..."

6.- "Amor"

"Escribo esta breve poesía
para la que es mi chiquitilla.
Me gustaría que fuera de amor,
pero ha de ser de desamor.
Hace tres meses que te conocí,

y mi corazón te entregué,
ahora el alma me duele,
porque mi corazón me devuelves.

Yo no lo quiero ya
porque te lo entregué a ti,
a mí ya no me sirve
si no es a tu lado.

Te hice una promesa de amor,
te prometí amarte para siempre,
y así lo haré,
aunque me toque sufrir toda la vida.

Creí encontrar mi verdadero amor,
creí que mi vida al fin cambiaba,
que un poco de suerte al fin me daban.

Creí que después de tanto dolor,
que después de tanto sufrimiento,
al fin dios me perdonaba,
por aquello que debí hacer mal.

Pero me equivoqué de nuevo,
parece que no tengo perdón,
y sólo me desea dolor.

Gracias a ti volví a sonreír,
volví a ser como antes,
gracias a ti volví a creer
en que podía ser feliz.

Gracias a ti volví a amar,
y más fuerte de lo que haré jamás.

Pero ahora me dejas solo

y mi vida vuelve a derrumbarse.
Cuando creí que al fin te tenía,
te pierdo en un momento,
sin explicación, sin motivo,
sin entendimiento posible,
porque mi corazón no lo entiende.

Vuelvo a ser un chico triste,
a no tener ganas de nada,
a no sonreír como antes,
a quedarme solo...

Pero me queda la esperanza
de que pronto abras los ojos,
que te des cuenta que me amas,
que te des cuenta
que conmigo puedes ser feliz,
que nunca te haré daño,
que siempre te cuidaré,
que siempre te respetaré,
que nunca te fallaré,
y siempre te amaré...

Abre los ojos, vida mía,
abre los ojos, por favor,
y ámame para siempre
como te amo yo..."

7.- “Un día...”

“Si me preguntan por un día de mi vida

sólo uno se me viene a la mente
desde el fondo de mi corazón más oculto...
Es el día en que apareciste en mi vida
sin esperarlo, sin desearlo...
y sin querer me enamoré de ti.
Dicen que no existe el amor a primera vista
-hasta quizá tú tampoco lo creas-
pero yo tengo la prueba de que existe,
y esa prueba eres tú.
Ni hablamos, ni nos tocamos, nada...
pero ese día quedaste grabada
en mi corazón;
tu nombre se grabó a sangre y fuego,
y tuve que esperar mucho
para volver a verte
y una eternidad
para poder quererte...
Te miré, me miraste,
y ya no tuve huida,
esos ojitos marrones me esclavizaron,
y por ellos he sufrido y he vivido,
siempre te he querido, y sé
que tú también me has querido...
lo sabía,
y por eso he luchado hasta ahora...
y tu amor es mi recompensa.”

8.- “Recuerdo “

“Recuerdo una noche prohibida
que no olvidaré jamás,
no llegó a ser un par de horas
las que pasamos juntos,
pero todo era perfecto;
los dos sabíamos que
no estaba bien,
pero los dos queríamos,
yo moría desde hace tiempo
por darte un beso,
por sentir tus labios con los míos...
y esa noche resultó ser
más romántica de lo que pensé,

sólo fuimos a hablar
porque lo nuestro podía ser...
Fue una noche preciosa:
te tenía a ti entre mis brazos,
los dos tumbados en la playa,
una enorme luna entre estrellas,
el sonido de las olas en la arena,
una suave brisa,
y aunque no me podías decir
que me querías
yo lo notaba en tus ojos,
esos preciosos ojos
jamás podrán engañarme,
decían que me amabas,
decían que me querías,
y al final te pedí armado de valor,
lo que tanto iba buscando,
nunca podré olvidar esa mezcla
de tantos sentimientos que se unen
en uno solo... escalofríos, cosquilleos,
pensamientos, deseos,
felicidad, miedo...
duró todo muy poco,
pero fue suficiente para saber
que tú eres la mujer que amo...”

9.- “Desde que te conocí...”

“Desde que te conocí
mi vida ha cambiado,
nunca olvidaré ese día
que a mi vida habías llegado;
ese día conocí
al amor de mi vida
y sin querer me enamoré
de una preciosa chica;
pronto sentí el flechazo,
el querer estar contigo,
querer hacerte feliz,
desear darte un beso...
me cautivaste por completo,
por ser tan bonita,
por ser tan buena,
por ser perfecta...
En ti se ha juntado
todo lo que he buscado
y no he encontrado
de quien me he enamorado.”

**“POR UN PUÑADO DE
RELATOS”**

1.- “La Timba”

Esa noche había una timba de póker en la casa de Jessy. La muy cabrona siempre nos desplumaba a todos, y es que para más INRI, no tenía ni idea de jugar al póker; pero joder, parecía la suerte personificada.

Así pues, ahí íbamos todas, como borreguillas, a entregarle sumisamente nuestra paga semanal, y me consta que en algunos casos, hasta los ahorrillos

para comprar aquel precioso bolso de Zara.

Todos los viernes la misma historia: La casa entera para ella, sus padres de viaje al pueblo, reunión de amigas, los cotilleos semanales, quedar para salir el sábado y la ya citada timba de póker.

Cómo me fastidiaba cuando le salía una buena mano tras otra, nos miraba con los ojos entrecerrados, con su aborrecible risa escandalosa. Acto seguido gritaba que todo para ella, estiraba los brazos y rodeaba con ellos toda la apuesta del centro de la mesa.

No es que yo sea una bruja de esas a las que no les gusta perder nunca, pero el vaso estaba a punto de desbordarse, ya no soportaba más, vale que perdiera una vez, y dos, y hasta tres, ¿pero perder siempre?, ¿perder todo el tiempo ante esa ...? Ni hablar, ya estaba más que harta. Estábamos más que hartas.

Oí el sonido del claxon por la ventana. Almudena estaba abajo esperándome. Cogí el bolso; el negro, por supuesto, agarré la mochila con mi ropa y mis cosas, y bajé a toda prisa las escaleras. Mientras atravesaba el salón en un suspiro solté un “Hasta luego, dormiré en casa de Andrea y Lola” a mis padres y salí de la casa.

Andrea y Lola no son de la ciudad, han venido a estudiar desde Granada, y por eso comparten un piso cerca del campus universitario. Y como tienen una cama libre, estudiamos la misma carrera y tenemos un examen pronto, pues era la excusa perfecta para irme a pasar la noche allí. Estaríamos solas y no habría que rendir cuentas a nadie.

Había traído el monovolumen de su padre. Me gusta ese coche, es un coche grande, tanto que lo usa en su trabajo. Es un modesto albañil, y por eso siempre lleva el espacioso maletero lleno de herramientas, tipo palas, picos, cubos, martillos, etc. Si algún día me decido a sacarme el permiso de conducir, me compraré uno igual. Bueno, de otro color.

Abrí el maletero y solté mi mochila encima de todas las herramientas.

En los asientos de atrás del coche iban sentadas Lola y Andrea. Son buenas chicas, no llegan a mi altura, pero son buenas, y cómo ellas mismas son conscientes de ello, nunca contradicen lo que digo, y así todo marcha como es debido.

De Almudena no me fiaba demasiado. Siempre me dio algo de miedo. Cuando la miro me parece que sería capaz de hacer cualquier cosa, y cuando digo cualquier cosa, me refiero a CUALQUIER cosa. Es un poco sabelotodo, pero nos respetamos mutuamente, y como también perdía siempre casi todas las manos, pues por esta vez nos habíamos puesto de acuerdo en algo.

La casa de Jess estaba como a diez o quince minutos de la mía, pero tardaríamos un poco más porque de camino debíamos parar en La pita azul a recoger la cena. He de decir que es la mejor pizzería que he conocido jamás. Me quedaría corta si digo que sus pizzas son dignas de una última cena. Almudena fue la que llamó antes de salir de casa.

Siempre le toca a ella porque es la que vive más lejos, y tenemos el tiempo perfectamente medido para llegar a la pizzería y a los cinco minutos salir raudas con nuestra cena hacía casa de Jess. Es curioso, pero en las pizzas a elegir es de las pocas cosas que estamos completamente de acuerdo las cuatro. Siempre ha de ser la cuatro quesos y una cuatro estaciones. Será por aquello de ser cuatro, diría yo.

Cuando llegamos, La pita azul estaba abarrotada de gente, y tuvimos que resignarnos a esperar casi diez minutos esta vez, así que aprovechamos y repasamos el plan una vez más.

El envolvente olor de las pizzas nos dejó inusitadamente mirando muy fijo las cajas donde las traían.

Andrea pagó, salimos a la calle y nos subimos al coche. Había mucha hambre y esa iba a ser una gran noche, una noche que quedaría grabada en

nuestras cabezas para siempre.

La casa de Jessy era la más apartada del barrio, al final de la gran avenida que llevaba hasta el pulmón de la ciudad, un frondoso bosque con multitud de rutas acondicionadas por el ayuntamiento donde mucha gente iba a hacer ejercicio, sacar al perro, o simplemente a pasear. Se podían hacer tantas cosas en ese bosque... Era tan grande que si alguien se perdiese, sería muy difícil dar con él.

Era una casa enorme de tres plantas, hecha a medida para la familia, imitaba muy bien el estilo de casa que se ve en las películas americanas. Y como no, disponía de una enorme parcela con piscina y caseta de madera para las herramientas del Señor Valero. Para terminar hay que decir que la casa estaba rodeada por una gran valla de piedra decorativa que acababa en un portón enorme de hierro que daba entrada a la casa.

Vamos, que encima de todo, lo que era faltarle dinero, pues como que no.

Cuando llegamos a la entrada, yo me bajé y toqué el video portero dos veces, y la puerta se abrió. Volvía a subir al coche y entramos en el jardín hasta llegar a la plazoleta que daba a la puerta principal. Allí dejamos el coche, cogimos las pizzas y nos dirigimos a la puerta. Antes de subir el último de los cuatro peldaños, Jess salió a recibirnos con un “¿preparadas para que os saquee?”, y se echó a reír mientras veía en nuestras caras las complacientes sonrisas algo forzadas que le devolvimos. En ese momento pensé que no era posible que no advirtiese en nuestros rostros cierta mezcla de sarcasmo, incredulidad y por qué no decirlo, casi odio.

La entrada de la casa era de tipo victoriano, la madre de Jess era una enamorada de ese estilo, prácticamente toda la casa era un fiel reproducción de las casas de finales del XIX. Nos dirigimos al salón, al inmenso salón. El padre de Jess nos había dejado encendido el fuego. La chimenea era majestuosa, de piedra auténtica, pero en lo primero en que puse mi vista fue en

el precioso atizador que colgaba de un lateral. Era una verdadera obra de arte.

La madre de Jess lo consiguió en una subasta medieval por Internet. Al parecer era una obra original que fue expoliada de un castillo aragonés.

Era de color negro, de hierro macizo y con forma ondulante, como si de una serpiente se tratara, y coronado con una bella cabeza de dragón. Simplemente, era muy bello.

Y por lo que pude advertir, las demás también se quedaron mirando el atizador, y por alguna fuerza inexplicable, acto seguido nos miramos las unas a las otras.

Pasamos directamente a la cocina, las pizzas nos estaban reclamando insistentemente con su aroma. Cenamos tranquilamente mientras hablábamos del gran cotilleo del día. Nuestra amiga Sara estaba... ¡embarazada! No veas que notición. Y parecía una mosquita muerta...

Pero lo más fuerte era que no pensaba tenerlo, o sí. A saber, el caso es que su padre se iba a encargar de solucionarlo todo. Entre nosotras había división de opiniones, unas preferían no tenerlo y a otras les salió la vena maternal. Cuestión de puntos de vista, supongo. En lo que coincidíamos todas era en que ya le valía a Sara, tenía que haber tenido más cuidadito, que no son cosas para tomar a la ligera.

Pero lo que de verdad nos reconcomía por dentro, lo que más rabia nos daba no saber, era naturalmente que desconocíamos la identidad del supuesto papá. Había tantos rumores correteando por el campus, y tan pocas pistas, que era poco más que imposible saber de quién se trataba.

Y claro, como de costumbre, no podía faltar la gracia de Jess. “Lo mismo es tu novio, Mari” y se echaba a reír a carcajadas. Ja, ja,ja, me reía yo para dentro. Tras la cena, nos preparamos unas copas y nos dirigimos al salón.

Nos dejamos caer en la enorme alfombra persa que había frente a la

chimenea. Nuestra anfitriona sacó del cajón del armario el bonito tapete verde adornado con dibujos de cartas de póker, la baraja y las fichas de juego. Todo estaba listo. La partida había empezado. Ahora había que llegar hasta el final.

El guión parecía estar escrito como en tantas otras ocasiones. La primera en perderlo todo fue Lola, lo cual tampoco es de extrañar, siempre me dio la impresión de que jugaba por jugar, no le ponía ni pasión ni empeño, y así, es imposible ganar. Quizás esa noche le interesaba perder la primera. Así le tocaría a ella hacer de croupier hasta el final de la partida. La segunda en ser eliminada sería la encargada de ejecutar el plan.

Almudena fue la siguiente en perderlo todo. Me miró, sonrió, tomó un sorbo de su copa, y encendiendo un cigarrillo nos deseo un "Que gane la mejor". La partida continuó, y poco a poco fui perdiendo todo mi dinero.

Se había hecho bastante tarde, y decidimos poner fin a la timba. La última mano. Sólo una mano, sólo un cambio.

Aceptó el desafío, segura de sí misma, convencida de que volvería a ganar.

Lola repartió las cinco cartas a cada una. No estaba mal, tenía una pareja de reinas, un as, un siete y un dos. Al menos tenía una pareja. Miré a Jessy, sonreía de oreja a oreja mientras entrecerraba los ojos. Hizo una primera apuesta muy fuerte, iba a por todas. Pero yo no me iba a amilanar tan fácilmente. Igualé su apuesta sin titubear lo más mínimo. A ver si tenía un poco de suerte. Pedí dos cartas a Lola. Descarté el siete y el dos. Miré la primera carta lentamente... ¡Bien! ¡Una reina! La segunda carta...un siete. Vaya, pensé... Bueno, no importa, la suerte está echada.

Jessy pidió una sola carta, la miró... y se puso a reír. Acto seguido empujó todas las fichas que tenía hasta la apuesta del centro. La muy... ya le ha salido otra buena mano, seguramente un póker o una escalera. Pero mira que tiene suerte. Pues esta vez no tendría tanta suerte...

El destino ya estaba escrito, no había que defraudarlo, así que empujé

todas las fichas que me quedaban hasta el centro del tapete y dije: «La veo» Almudena se levantó y se dirigió a la chimenea mirando fijamente el atizador. Lo cogió, pasó la mano por sus ondulaciones, y lo asió con fuerza con sus dos manos. Después se colocó detrás de Jessy y lo echó hacia atrás sobre su hombro.

Jess se echó a reír. Mostró sus cartas sobre el tapete y dijo «Trío de Jotas».

¡Gané! pensé para mí. Había ganado por fin. Vencí a Jessy.

Eché mis cartas boca abajo y dije:

—Pareja de Reinas.

2.- “Jekyll contra Hyde”

Admiro a las personas que saben quiénes son, que están seguras de lo que quieren y siguen unas ciertas pautas en la vida. Los admiro porque los envidio. Yo no soy así. Al menos ahora no lo soy, y ya ni recuerdo si algún día lo fui o simplemente quiero creerlo así.

Pues sí, cada vez estoy más convencido de que estoy desequilibrado. Ya casi no me cabe la menor duda de que tengo uno de esos trastornos bipolares. Soy dos personas en una sola. Mi pobre teoría es que los dos puntos de inflexión en mi vida – la muerte de Ana y el incidente – crearon dos personas totalmente opuestas pero que se entrecruzan y no pueden vivir la una sin la otra. Y no se cual de las dos es la más parecida a quien soy en realidad.

Por un lado está el bueno, amable, educado, el que lo piensa todo mil veces antes de hacer lo correcto. Es el enamorado, el centrado en su trabajo, en la familia, al que le gusta escribir, leer, ir al teatro o al cine. El que no hace daño a nadie.

Por el otro lado está el malo. Es el que quiere vivir el día a día como si fuese el último. Sólo se guía por su instinto, por sus deseos primarios, y es el que no

piensa en nada ni en nadie salvo en sí mismo. Es un maestro de la manipulación y es capaz de mentir como nadie. Y curiosamente, es el que siempre lo consigue todo. Al precio que sea. No tiene ni un ápice de remordimientos y no le teme a nada. Cada uno de los dos tiene una personalidad completa y parecen tener vidas totalmente separadas.

El problema viene cuando se entrecruzan. Aunque hay alguna diferencia reseñable en estas mezclas. Cuando el malo se cruza en la existencia del bueno el resultado tampoco es excesivamente malo. Al contrario, en la mayoría de los casos es una ayuda extra, para el trabajo, por ejemplo

Cuando sucede al contrario sí que es traumático. Digamos que cuando la conciencia entra en conflicto con el mal, todo se desequilibra, es más difícil controlar la situación y la seguridad del chico malo comienza a diluirse poco a poco.

Y es aquí cuando vienen los problemas. El malo nunca debe perder el control, porque entonces piensa, y pensar para un chico malo es lo peor que puede hacer.

Últimamente se están cruzando demasiado. Hay veces que no sé quién de los dos soy. Y eso me aterra. Da miedo no saber quién tiene el control. ¿Quién soy? ¿El bueno o el malo?

3.- “Deuda”

Hace ya bastante tiempo que te debo unas líneas, y lo prometido es deuda; así que me dispongo a cumplir una última promesa que aún queda por realizar.

Han transcurrido ya tres años y meses en que tu sonrisa se apagó en la noche, y es ahora cuando estoy entrando en esa fase que nadie quiere pero que creo que es inevitable pasar por ella; esa fase en la que los rostros se difuminan

en el tiempo y es más difícil hacer una imagen nítida de una persona. No es el “olvido” el malhechor que lo provoca, pues el olvido jamás tendrá el poder suficiente para conquistar el recuerdo de un ser amado. Más bien creo, y cada vez estoy más y más convencido, que son el cariño y el querer los que se adueñan de los recuerdos y los hacen más livios y cálidos para que podamos soportar mejor una pérdida que causa estragos en el corazón de una persona.

Esta vida es algo muy extraño, y ahora por fin comienzo a entender el dicho de que “cuando una puerta se cierra, en algún lugar se abre otra”. Tu puerta se cerró dejándome fuera por mucho que deseé irme contigo, pero sin un atisbo de duda ahora te digo que me alegro de no haberlo hecho, y estoy convencido que tú sientes lo mismo porque siempre cuidaste de mí, y aún hoy

creo que sigues cuidándome de alguna forma que no puedo comprender, pero así lo siento, así te siento.

Tú te fuiste y tras vagar sin rumbo algún tiempo, al fin encontré mi puerta, y tras ella hallé a mi gran amor, mi nena, lo más bonito que me podría haber pasado en esta vida, y tan sólo me pesa una cosa: que vuestras vidas no se hubiesen encontrado; pero el destino tiene estas jugadas y hay que saber aceptarlas.

Siempre te llevaré en mi corazón, allá donde estés y dondequiera que me encuentre, siempre estaremos unidos por ese algo misterioso que siempre hubo entre los dos.

Sin más, y con tu permiso doy por zanjada mi última promesa.

4.- “La Trilla”

Ya era el día. La tita Angelina nos despertó al grito de -"Vamos, arriba que ya ha salido el sol". En la cocina del viejo cortijo nos esperaba la abuelita con un gran vaso de agua con leche condensada y unas cuantas galletas, que íbamos comiendo mientras nos desperezábamos. Una vez habíamos desayunado,

subíamos a toda prisa la empinada cuesta que llevaba hasta la era. Allí estaban todos, nuestros padres, nuestras madres, y algún que otro vecino de los cortijos de alrededor. Esparcidos sobre la era, todos los restos de la siega de los días anteriores, y sobre ellos, tirado por Torda y Lucero, estaba el trillo, dando vueltas y vueltas a la era, machacando la cebada, separando grano de paja, y encima del mismo, el abuelito. Esperamos pacientemente a que nos viera y nos llamara para subirnos a su lado. El más rápido sería el primero, el más lento tendría que esperar su turno, ya sin tanta paciencia. Lo mejor era cuando abuelito te dejaba las riendas de los mulos; sólo te decía tira de la izquierda un poco más para que vayan haciendo el círculo, y dale pasada a todo.

Y se bajaba del trillo. Entonces te quedabas tú al mando, tú ordenabas a los mulos y al trillo, y ellos hacían su trabajo a la perfección, hasta que le tocaba el turno a tu primo y tenías que bajarte y volver a esperar a que te tocara otra vez. Ese era el momento para reponer fuerzas, agarrar el botijo y refrescarse la garganta con el agua fresca del aljibe del cortijo. Y así nos pasábamos la mañana entera, dando vueltas como si fuéramos las agujas de un reloj gigante, hasta que toda la paja se separaba del grano por completo. Entonces se paraba para comer, los mulos se llevaban a sus cuadras, y todos sentados en la mesa nos comíamos un buen plato de andrajos. Me encanta esta comida de olla.

Toca ahora la siesta, una horita y media de descanso antes de aventar, aunque esto era algo que más bien hacían nuestros padres, aunque de vez en cuando nos dejaban probar un ratito. Nuestro trabajo llegaría después. Una vez que se había aventado, es decir, se separaba en un montón la paja y en otro el grano gracias a la ayuda del viento. Los mayores guardaban el grano en sacos y nosotros íbamos metiendo la paja en grandes jarpile para llevarlos con los carrillos de mano hasta el pajar. Los vaciábamos y vuelta a empezar, hasta que no quedaba nada en la era. A la noche, todo el trabajo estaba hecho, la era

limpia, todo guardado, nosotros recién duchados y habiendo cenado unos grandes bocadillos.

Todo esto que he contado es algo que ya se ha perdido por completo en nuestras vidas, pero me gusta pensar que he sido una de las últimas personas que ha practicado una labor milenaria que ha ido desapareciendo lentamente de nuestros campos. Pero me gusta recordarlo, cerrar los ojos y trasladarme a ese pasado donde con apenas nada éramos muy felices y nos lo pasábamos tan bien. Era de los pocos trabajos del campo que nos gustaba a los niños. Me inundan los buenos recuerdos cuando retrocedo a aquellos tiempos de mi infancia, y dejo escapar siempre una gran sonrisa al ver colgado de la pared el viejo trillo ya oxidado que ve pasar los años en aquellos niños que tantas vueltas se dieron en él...

5.- “Una de ¿amor?”

«Nuevo caso de Violencia doméstica ocurrido en... Una mujer de 26 años de nacionalidad boliviana ha sido asesinada por su pareja la pasada madrugada. El presunto asesino es de nacionalidad también boliviana...»

Estaba escuchando desde la cocina la noticia que daba el informativo de la sobremesa mientras fregaba los platos y a la vez le preparaba un carajillo bien cargado. Era su monotonía de después de cada comida; un cigarro y un buen café con Terry. Desde que lo conozco no ha dejado de hacerlo, siempre ha sido un hombre de costumbres marcadas. Oí de fondo murmurar algo así como “vaya con los extranjeros estos, seguro que le habrá puesto los cuernos. ¿Dónde está ese café? –gritó- ““Ya casi está, cari””.

Me pongo a pensar en su comentario. La verdad es que la mayoría de los asesinatos llamados de género, los cometen o inmigrantes o guardias civiles, policías y eso; me pregunto por qué será. ¿Lo habría engañado con otro? Yo no sé de qué sería capaz si me entero de que Pablo me engaña con otra, ¿sería capaz de matar? No, no creo, aunque me doliera en el alma, le quiero demasiado como para hacerle ningún daño.

Llevé el café a la mesa. “Aquí lo tienes, como a ti te gusta”. Me coge de la cintura y me acerca a él, me da un beso enorme, me sonrío... hoy está de buen

humor, esta tarde va a una entrevista de trabajo en la capital, un prestigioso bufete de abogados, de los mejores. Me gusta verle así, es como cuando nos conocimos, cuando éramos novios.

Pero yo misma reconozco que ya no es el mismo hombre que era, y lo entiendo: Estamos pasando una mala racha, resulta muy difícil llegar a fin de mes, y eso le altera en exceso. Hoy lo veo tan bien... Ojalá que consiga el puesto, que gane suficiente dinero, que esté sonriendo todo el día, que me haga feliz de nuevo...

Vuelvo a la cocina a terminar con el fregoteo. Pablo me trae el vaso, me vuelve a besar, me achucha, y me dice “Cari, me voy, hasta luego, guapa...”

Me quedo sola de nuevo, voy a terminar de fregar, limpiaré un poquito la casa y tendré que bajar a comprar unas patatas para la cena. A Pablo le encantan las patatas asadas, así que hoy le prepararé su plato preferido. Ojalá consiga ese trabajo, se lo merece, yo sé que es un buen abogado.

He comprado cuatro patatas enormes, muy redondas, parecen como las que llevan los feriantes en sus carritos de carbón. Le van a gustar mucho. Tengo el tiempo justo para pasar por la peluquería, quiero cortarme el cabello y darle una sorpresa más.

Espero viendo la tele. No echan nada bueno, tan solo programas estúpidos y sin sentido, pero que sin embargo te enganchan de tal manera que acabas tragándote un sinfín de sandeces que ni una misma se explica cómo puede ser que eso les ocurra en realidad.

Suenan las llaves en la cerradura. El corazón se me acelera. Cruzo los dedos. Pablo entra dando un portazo y blasfemando como un poseso. Casi no se le entiende. A veces balbucea. No le han dado el trabajo. El test psicológico ha estimado que es una persona inestable emocionalmente. ¿Será por mí? ¿No he sabido hacerle feliz? Tal vez no le he apoyado lo suficiente en los malos momentos y por eso ya no es el hombre seguro de sí mismo que yo

recordaba. Intento hablarle. Me grita. Intento abrazarle y siento un dolor agudo en la boca. Es como aquella vez. Siento que se escapa el aire y empiezo a verlo todo blanco. Pero sigo queriendo a Pablo. ¿Seré estúpida? Sí, lo soy. Pero le quiero...

«La actualidad vuelve a sobresaltarnos con una nueva muerte por violencia doméstica. Una joven de 24 años ha sido estrangulada por su marido en la noche de ayer. Se desconocen los motivos de tal acto. Los vecinos y allegados coinciden en su asombro porque el muchacho era muy buena persona y se veía a la pareja muy bien ».

6.- ¿Reyes Magos?

Treinta años hacía de la última vez que estuvieron en la ya vieja casona familiar. El coche serpenteaba por aquella carretera estrecha, con trozos de asfalto y trozos de tierra, toda ella salpicada de baches con o sin agua. Se notaba que no circulaban muchos turismos por allí, las únicas huellas que se advertían eran las de tractores y motocicletas.

Al salir del bosque divisaron la vieja casa en lo más alto de la colina rocosa que parecía nacer en el río. Desde el camino parecía un castillo

medieval de piedra. Toni vino todo el camino diciendo que se encontrarían un puñado de escombros y nada más, pero tuvo que dar la razón a Belén cuando vio que le ganaba la batalla al tiempo.

—Hermanito... Te lo dije.

—¡Vale, vale! Esta vez llevabas razón, parece que antes sí hacían las casas para que durasen.

La carretera en espiral les llevó hasta la era que había frente a la casa. El coche se detuvo muy cerca de la puerta. Los dos miraban hacia la entrada. No había cambiado nada, o al menos esa era la sensación que tenían. El parral que recorría todo el porche estaba enorme, había crecido hasta casi cubrir la parte trasera de la casa y sus ramas se extendían por el aljibe y los corrales del otro lado.

—Cuánto tiempo...

—¿Recuerdas la noche que nos fuimos?—preguntó Belén—. Yo lo recuerdo vagamente... nuestros padres...

—Eras muy pequeña. Yo lo recuerdo todo.

* * *

—¡Hermanito, hermano! ¿Qué les has pedido a los Reyes Magos?

—¿Yo? Que me traigan al menos lo que les pedí el año pasado.

—Pero mami dijo que fue porque se perdieron, ellos no tuvieron culpa.

—Podían haberse perdido en otra casa, ¿no?

—Este año nos traen más regalos, ya lo verás.

—Esta vez los esperaré para pedirles explicaciones.

—Sabes que te quedarás dormido, y ellos siempre aprovechan cuando estás dormido para entrar por la chimenea y dejarte los regalos.

—Les pondré una trampa... ¿me ayudarás?

—¿Una trampa?—la pequeña puso cara triste—. No quiero que les hagas daño.

—No les haré daño, hermanita... solo quiero cogerles hasta que estemos despiertos y podamos verles. ¿No te gustaría verles?

—¡Sí! ¡Quiero verles! ¡Me encanta Melchó!

* * *

—Toni...

—Dime, hermanita—comenzó a andar hacia la puerta mientras le indicaba a su hermana que lo siguiera—. Saca la llave, anda.

—¿Te has dado cuenta de que desde ese día nunca más tuvimos regalos de reyes?—sacó de su bolso una enorme llave de hierro oxidado.

—¿Cómo?—Toni la miró con su característica cara de sarcasmo—. ¿Puede ser porque esa noche murieron nuestros padres?

—Eres un imbécil. Abre de una vez.

La cerradura chirrió hasta oírse un par de clics. Toni empujó la puerta con lentitud y dejó que la luz entrara hacia el interior. Poco a poco se fueron dibujando las formas de los muebles cubiertos de polvo. Los hermanos entraron con cuidado y se quedaron mirando hacia el suelo.

* * *

El día de la noche de Reyes llegó. Toni y Belén pasaron la tarde planeando la trampa. El plan era muy sencillo: Cuando sus padres se fueron a la cama, ellos se levantaron y bajaron a la planta de abajo. Dejaron muebles por medio del salón para obligarles a seguir un camino desde la chimenea hasta el pasillo. Hacerles pasar por encima de la gran puerta que bajaba hasta el sótano. Quitaron las viejas escaleras de pitaco, colocaron unas cuantas cañas, un cordel para que la puerta cayese, y cubrieron la abertura con las jarapas que hacían de alfombra. Todo listo. Volvieron sonrientes a sus camas.

* * *

Sus ojos se acostumbraron a la poca luz que inundaba la estancia. La puerta que daba acceso al sótano estaba cerrada, el cerrojo estaba levemente

echado y por un lateral asomaban los flecos de una jarapa. Toni y Belén se miraron pero no dijeron nada. Corrieron el cerrojo y entre los dos levantaron la puerta. Un fuerte olor ha cerrado les dio de lleno y les echó hacia atrás.

—Deja que entre aire fresco mientras busco una escalera—dijo Toni a su hermana—. La escalera de papá debe estar por ahí fuera.

* * *

—Niños... despertad—la abuela zarandeaba con cariño a los chicos. Belén fue la primera en despertar—. Cariño, despierta, tenemos que irnos.

—¿Qué pasa, abuela?—Toni acababa de despertarse también.

—Tenemos que ir al hospital, papá y mamá han tenido un accidente...

* * *

Belén miró a la chimenea. Había algo. Aguzó la vista para confirmar que había algo parecido a tres bultos, como si fuesen tres sacos de algo. Toni entró por la puerta con las viejas escaleras de pitaco y las deslizó hacia el interior del sótano. Sacó su móvil y encendió la linterna del mismo.

—¿Te animas, hermanita? Todo lo que encontremos en la casa es nuestro.

—¿Polvo y trastos viejos?—Belén se echó a reír y se encaminó junto a su hermano.

Bajaron con cuidado, las escaleras no eran de fiar. Ya abajo se encontraron con un gran desorden, parecía que algún animal salvaje hubiera estado allí. En las paredes se veían unos arañazos enormes, el suelo estaba moteado con oscuras manchas. Dirigieron el haz de luz hacia una esquina y entonces se les heló la sangre.

Tres figuras permanecían sentadas en el suelo con las espaldas apoyadas en la pared. Vestían unas túnicas coloridas y elegantes. Miraron con horror sus cabezas... eran tres calaveras, dos con corona y una con turbante.

Hacia treinta años que se terminó la navidad.

7.- El Candil

Aquella visión de veinte años atrás volvió a recorrer su mente. Su sólo recuerdo hacía que palpitaban sus sienes como si esa imagen cobrase vida en el interior de su cabeza. ¿Pero por qué fue su primer pensamiento? Acababan de darle la mejor noticia en años y su cerebro reaccionó rescatando la imagen de una mujer que creyó ver cuando sólo era un chiquillo.

Su próximo destino, por los azares de la vida, quizás, iba a ser el pueblo de su infancia. Desde que sus padres lo dejaron cuando él apenas contaba catorce años, no había regresado ni una sola vez. Y ahora volvería para ser el maestro del pueblo.

No eran muchos los recuerdos que conservaba, salvo fogonazos que permanecían en su cabeza; como la calle principal, la plazoleta del pueblo, el bar, la tienda de la esquina, y el viejo consultorio médico...

Alex quería pensar que sus padres habrían regresado con él de haber seguido vivos, pero les arrebataron la vida en un cruel accidente de tráfico. Era algo del pasado.

Dejó la autopista en dirección a las montañas, tal como el GPS le indicó, aunque no recordaba que el pequeño pueblo estuviese tan alejado, condujo casi una hora por una carretera estrecha y mal asfaltada, hasta que vio el viejo puente de piedra que cruzaba el río y anunciaba la entrada al lugar.

El enclave era espectacular, el pequeño pueblo se asentaba en una formación natural que se asemejaba a una península, rodeado casi por completo por el río, tan sólo tenía dos accesos: por tierra daba a un frondoso bosque de eucaliptos, y por el puente estaba la carretera. Ese pequeño detalle era el que durante siglos había logrado que el pueblo pareciese imperturbable al paso de

los años.

Estacionó su coche en la plaza, al lado del bar. Por más que intentaba hacer memoria y recordar dónde se encontraba la vieja escuela y la casa del maestro, no conseguía ni ubicarlas ni orientarse desde su posición.

Lo más sensato sería preguntar en el bar. Bajó del automóvil y una brisa fría le atravesó el cuerpo. Pese a llevar varias semanas en la primavera, en aquel lugar aún hacía frío. Las calles estaban vacías y el tono de luz que las recorría era tan oscuro como las nubes que se cernían sobre ellas.

Cuando vivían allí no hacía tanto frío, ni estaba todo tan solitario. Miró en derredor y las puertas y ventanas de casi todas las casas estaban cerradas; parecía un pueblo abandonado.

Los adoquines de la plaza estaban húmedos, como si unas horas antes hubiese caído un aguacero, lo que hizo que estuviera a punto de resbalar un par de veces en el trayecto que iba desde el coche hasta la entrada del bar. «Menos mal que no hay nadie» pensó Alex cuando estuvo cerca de hacer el ridículo.

La puerta del bar estaba entreabierta y solo tuvo que darle un leve empujón para que se abriera por completo. Dos hombres de avanzada edad despegaron la vista de la barra y giraron las cabezas hacia la entrada; en un primer momento como un acto reflejo, y al advertir que se trataba de un desconocido, entornaron los ojos para mirar con atención al extraño visitante de amplia sonrisa.

—Hola. Esto... Buenas tardes —dijo Alex.

Ninguno de los ancianos dijo nada, se limitaron a volver a la posición inicial y darle un buen sorbo a las copas de coñac.

—¡Buenas tardes! —se escuchó desde el fondo de la barra. Un señor grueso y de cabello escaso salió de una pequeña habitación—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Hola. No hace falta que me hable de usted, por favor —contestó

sonriendo de forma amigable—. Me hace sentir mayor de lo que soy.

—Como quieras —respondió seco y serio el barman—. ¿Qué te pongo?
Alex se quedó pensativo. No había entrado con intención de tomar nada, pero considerando la situación, sería mejor intentar contentar en la medida de lo posible al dueño de aquel establecimiento.

—Póngame una coca-cola, por favor.

Aquel hombre, sin decir palabra, abrió el botellero que tenía bajo la barra y sacó el refresco que le había pedido; y demostrando un gran manejo, la destapó con el abridor usando la misma mano con la que la sostenía, y la colocó delante de Alex.

—¿Quieres algo para comer?

—Ah, no, gracias. No tengo hambre en este momento.

El barman no dijo nada y volvió a encaminarse hacia la habitación de donde había salido. Alex comprendió que no le iba a poner nada más.

—Disculpe, señor. ¿Podría ponerme un vaso con cubitos?

El hombre se giró y se quedó mirándolo. Por un instante Alex habría jurado que lo miró con cierto desprecio, y comenzó a sentirse incómodo. Cogió un vaso de uno de los estantes y lo llenó con un par de trozos de hielo del congelador. Lo dejó al lado de la botella sin tan siquiera mirarlo.

—Gracias —dijo en voz baja—. ¿puedo hacerle una pregunta, si es tan amable?

En esta ocasión sí lo miró directamente a los ojos.

—Pregunta.

—¿Podría indicarme cómo llegar a la casa del maestro?

El hombre frunció el ceño y centró su atención en Alex.

—¿Eres el nuevo maestro? —preguntó con curiosidad.

—Así es, comienzo el próximo lunes —respondió con orgullo.

Los otros dos clientes parecieron volver a cobrar vida y centraron sus

miradas de nuevo en aquel extraño.

—Nadie ha dicho nada de que íbamos a tener un nuevo maestro tan pronto.

—Pues sí, vengo a cubrir la baja del maestro que tienen ahora. Por cierto, ¿Ha enfermado o es de esas bajas por depresión? —dijo intentando que pareciera un chiste de funcionarios sin más.

—Murió —respondió cortante el barman.

La cara de Alex se congeló de repente y ya no sabía ni qué decir ni dónde meterse. No esperaba tal respuesta.

—¿Qué le ocurrió?, si puede saberse, claro.

—Lo encontraron después de seis días sin aparecer por la escuela. Nadie sabe de qué murió.

—Daba miedo verlo —dijo uno de los clientes que no había dicho palabra alguna hasta ese momento—. Tenía la cara totalmente deformada. El galeno dijo que era porque llevaba ya varios días muerto.

—¡Qué horror! —comentó Alex—. Pobre hombre.

Y como por arte de magia todo pareció volver a la rutina, los clientes se giraron de nuevo, volvieron a concentrarse en sus copas y el barman continuó su camino hacia la habitación, y sin volver la cabeza comentó en voz alta:

—Al lado de la iglesia hay un callejón estrecho con una cuesta muy empinada. Al final del camino está la escuela, y al lado la casa del maestro. Las llaves están debajo de una piedra negra que hay al lado de la puerta. Al refresco le invito yo.—Y desapareció tras la puerta.

—Gra... Gracias, señor. —Fue lo único que acertó a decir Alex.

Terminó de un sorbo lo que le quedaba en el vaso y se marchó con un «hasta luego» que no fue correspondido por nadie. «No recordaba que la gente de por aquí fuese así», pensó.

No tardó en llegar a su destino. Las indicaciones del barman fueron sencillas, pero exactas. Al final del callejón encontró primero la escuela, y

por la parte de atrás la casa. Eran construcciones antiguas, un edificio rectangular, sobrio, con una puerta y varios ventanales desde los cuales se podía divisar el interior: cuatro o cinco pupitres, seis o siete sillas, la mesa y el sillón del maestro y una pizarra empotrada en la pared. Demasiado escueto todo, no iba a ser como dar clase en la gran ciudad. Bordeó el edificio y apareció ante él la pequeña casa, de construcción tan sencilla como la de la escuela. Reducidas dimensiones, bastante reducidas. Observó como en efecto había una piedra de color oscuro al lado de la entrada. Al levantarla encontró un agujero con unas llaves dentro, llaves de gran tamaño y bastante pesadas. «Una debe ser de la casa y la otra de la escuela», pensó. Escogió una al azar y la metió en la cerradura. Probó a girar y el sonido del cierre rindiéndose le indicó que había acertado con la elección.

El olor a cerrado y a humedad invadió sus fosas nasales, y al mirar hacia el interior no consiguió ver nada. Todo estaba cerrado de tal manera que ni un haz de luz se colaba en la estancia. Palpó en la pared por dentro, al lado de la puerta, hasta que localizó el interruptor de la luz. Al girarlo la luz de una bombilla solitaria en el techo lo iluminó todo. No es que hubiera mucho que iluminar, como pudo comprobar al momento; una mesa y una silla, un sillón y una vitrina con varios platos y vasos, y una repisa con una vieja radio. Al fondo una cocina de gas y un pequeño frigorífico de apenas un metro de altura. Una pequeña habitación anexa hacía las veces de dormitorio, con una cama de noventa, un armario y una mesita de noche con una lamparita. Era la única luz que había. Al lado del armario había otra pequeña puerta: el baño, con un retrete, una ducha, un lavabo y un espejo redondo que apenas conseguía contener el rostro de una persona.

Desde luego, aquello no era el lugar soñado por ningún maestro. Se resignó y se concienció para tomarse aquella aventura como un reto para él. Capearía las adversidades una por una. Respiró profundo y salió para sacar del coche el

equipaje. No traía muchas cosas, solía viajar con lo justo, y lo justo le cabía en una maleta. También sacó el ordenador portátil, pero no tardó en darse cuenta que de poco le serviría en aquel lugar, dato que le hizo sacar el móvil para comprobar algo. En efecto: cobertura cero.

Tranquilidad iba a tener de sobra: ni internet, ni televisión, ni móvil; menos mal que en el último momento decidió traerse algunos libros. Cuando se hubo instalado, pensó que sería mejor bajar a la plaza y comprar algunas cosas en la tienda antes de que fuera más tarde. El viaje había sido largo y se sentía cansado. Esa noche se iría pronto a la cama, más que nada por el aburrimiento. Cogió el coche y bajó hasta la plaza. Ahora parecía más lúgubre y tenebrosa que horas antes. La luz amarillenta de las faroles le daba un aspecto mortecino a las calles y a las casas, que ahora parecían más cerradas incluso. La tienda estaba dos casas más allá del bar, y cuando pasó por la puerta del mismo le pareció ver por la puerta entreabierta que todavía seguían allí aquellos dos curiosos personajes. Un cartel tallado en madera rezaba sobre la puerta: *Ultramarinos*.

«Qué gracia, hacía mucho que no escuchaba ese término», sonrió Alex mientras miraba el letrero; y la puerta del establecimiento se abrió y asomó una señora de mediana edad.

—¿Es usted el maestro? —le preguntó la señora acercándose a menos de un palmo de él.

—El mismo, me llamo Alejandro. Buenas tardes, señora —contestó amablemente—. ¿No estará cerrando la tienda ya? Necesito un par de cosas nada más.

—No se preocupe, don Alejandro, cuando necesite algo no tiene más que llamar a la puerta.—era el primer signo de amabilidad que Alex recibía desde que llegó al pueblo.

—No sabe cómo se lo agradezco, señora.

—Pero pase, no se quede ahí fuera, que está refrescando.—le dijo mientras le indicaba que entrara en la tienda—. No me esperaba a un maestro tan joven.

—Me ha tocado a mí —dijo con su mejor sonrisa—. La verdad es que no recordaba el pueblo tan tranquilo.

La tienda era muy pequeña, en realidad se componía de varias estanterías colocadas en las paredes y unos cuantos sacos, cajas y cestos distribuidos por el suelo.

Alex se fue directamente a por la cesta de la fruta. Los melocotones tenían una pinta apetecible. Esa sería su cena, ya lo había decidido, y al día siguiente haría una compra mayor. En esos pensamientos estaba cuando la mujer le cogió del brazo.

—¿Había estado antes en este pueblo? —preguntó la tendera con tono impaciente.

—Pues sí, yo nací aquí, mis padres eran de aquí, pero nos fuimos cuando yo era muy pequeño —contestó Alex sintiendo como aquella señora tan menuda apretaba fuerte su brazo—. A lo mejor los recuerda, eran Manuel Lores y su mujer Anita.

—No los recuerdo, don Alejandro —la mujer soltó el brazo de Alex y se separó de él encaminándose a la caja registradora—. Me hago vieja, ya no tengo la memoria de antes. ¿Se va a llevar algo más?

—Por hoy no, señora, con esto me apañó para esta noche —Alex había notado que la señora se había vuelto más distante hacia él—. Muchas gracias.

Alex regresó a su nuevo hogar, si es que podía llamarse así, y cenó dos apetitosos melocotones y un par de vasos de agua. Se puso cómodo en el sillón con la intención de leer un poco, actividad que no tardó en abandonar porque la luz que iluminaba la casa era algo escasa. El enfado comenzó a apoderarse de su tranquilidad, y ya fue definitivo cuando decidió escuchar la radio y esta ni encendía. De un plumazo todos sus planes se fueron al traste. Allí estaba,

sólo, apartado de la poca “civilización” que había por el lugar, sin nada para divertirse y con una luz que lo ponía nervioso. Se levantó y se puso a remover en los cajones del armario y de la mesita. Buscaba una linterna para dar una vuelta por fuera, y quizás, entrar a la escuela. Lo que fuera, pero necesitaba hacer algo. No encontró nada. Aquel lugar era espantoso, ningún ser humano normal podía vivir en esas condiciones; hasta él mismo comenzaba a tener dudas.

Abrió la puerta y salió a la calle a encenderse un cigarrillo. La noche era cerrada y no se veía nada a más de un par de metros de distancia. Dio una buena calada al cigarro y dejó escapar el humo lentamente. Entonces lo vio, al lado de la puerta, colgado de una alcayata. Era un viejo candil de latón. Alex dejó aparecer la primera sonrisa desde hacía horas, aquel utensilio de antaño le traía recuerdos de su infancia, de las muchas noches en las que aquellos candiles eran los únicos portadores de luz.

Con cuidado lo descolgó de la pared, parecía tener algo de aceite todavía, y la mecha no aparentaba tener mucho uso. Tal vez era la solución a la oscuridad. Acercó la llama de su mechero al trozo de tela húmedo y poco a poco fue prendiendo irradiando una suave luz amarillenta. Ahora podía ver, pero ya estaba cansado y lo único que le apetecía era entrar en casa y echarse en la cama, pero un quejido le hizo girarse por completo y mirar más allá de la casa. Juraría que había oído un lamento de mujer. Alzó el candil como si eso le sirviera para ver a lo lejos, pero no tuvo más remedio que echar a caminar con lentitud hacia el lugar de donde provino aquel sonido. Y lo vio. La vio. O al menos él creyó haber visto a una mujer cruzar por el camino.

—¡Eh! ¿Quién eres? —aceleró el paso para intentar alcanzar a su visión —. ¡Espera!

No volvió a verla, pero acabó topándose con otra casa. No era una casa, recordaba aquella fachada alicatada de color blanco. Era el antiguo

consultorio médico. Intentó en vano abrir la puerta principal, y al no conseguirlo rodeó el edificio buscando colarse por alguna de las ventanas, pero todo estaba bien cerrado. Estaba seguro de que aquella mujer había entrado por algún lugar. Buscó concienzudamente algún hueco, alguna abertura en la pared, pero sin éxito, hasta que tropezó con algo. Dirigió la llama del candil hacia sus pies y encontró lo que buscaba: una puerta en el suelo, junto a la pared trasera. «La entrada al sótano. Por aquí ha debido entrar.», dedujo triunfante. Una pequeña cadena hacía de tirador, y con un pequeño tirón la puerta se abrió por completo. El candil dibujaba entre sombras unos escalones que bajaban hasta la oscuridad más profunda. Quedó en silencio. No escuchó nada. Y comenzó a bajar por aquellos peldaños de un mármol tan frío que incluso parecía notarlo a través de sus zapatos. Al final de la escalera se encontró una pequeña salita, y al fondo una puerta de hierro oxidada. Hizo acopio de valor y continuó hasta llegar a la puerta. El aire que se respiraba allí abajo era tan gélido que helaba las fosas nasales con cada bocanada de aire. Abrió la pesada puerta y miró en su interior. Por las mesas de mármol que divisó, diría que estaba en la morgue. Al fondo le pareció ver algo. Desde donde se encontraba no podía distinguirlo. Dio unos cuantos pasos y un recuerdo vino a su mente: Ya había visto a esa mujer con anterioridad, cuando era un niño, cuando se lo contó a sus padres y al día siguiente se marcharon de aquel pueblo.

Un grito aterrador retumbó en toda la estancia, y la puerta se cerró tras él con un gran estruendo. Intentó abrirla, pero sin éxito. Miró por todos lados. No había nadie.

Tampoco ventanas u otra puerta. Se había quedado atrapado de la forma más estúpida. Y el móvil cargando en la mesita... Volvió a intentar abrir una y otra vez, hasta que se rindió y su espalda resbaló por la puerta hasta que quedó sentado en el suelo y apoyado en ella. La luz del candil era cada vez más

tenue. La oscuridad iba ganando a la luz centímetro a centímetro, y a medida que el candil agonizaba lentamente, lamentos y pasos se oían más y más cerca. No podía ver nada, pero la certeza de que allí había alguien, de que había algo junto a él, era más que evidente.

La llama del candil comenzó a ser intermitente, y ya podía sentir como algo estaba justo encima de él.

Una lágrima resbaló por su mejilla. La luz del candil expiró.

El señor Tobías

Aquel anciano seguía con la mirada a cada chaval que pasaba frente a la vieja verja que separaba su jardín de la acera. Los miraba a todos con atención, con gesto serio, deseando que alguno girase la cabeza para mirarlo en tono desafiante. Pero eso ya no ocurría desde hacía tiempo; o bien porque los chicos le tenían miedo, o bien porque para ellos no era más que un pobre y viejo loco que sólo sabía gruñir, gritar y discutir con todo el mundo.

El viejo señor Tobías vivía enfadado con el mundo desde hacía mucho tiempo, tanto que ni él mismo recordaba cuándo comenzó a quedarse sólo. Se pasaba las mañanas sentado en la mecedora del porche de casa, esa casona de madera que permanecía en pie entre aquella selva de ladrillo que había rodeado el hogar del anciano. Las tardes las dedicaba a pasear por los

rincones de la ciudad, por los callejones y calles poco transitadas, e incluso por los lugares donde estaban los contenedores de la basura.

Por los alrededores de la biblioteca y las librerías ya no le permitían acercarse.

En el ocaso del último día de noviembre se topó en la calle con tres pobres indefensos, el frío y la humedad los tenían paralizados en un rincón, allí, perdidos y sin saber por qué habían acabado de aquella manera. El viejo Tobías no preguntó, ni esperó nada, sencillamente los cogió y se los llevó. Él sabía que tarde o temprano romperían su silencio, hablarían con él y le contarían historias de todo tipo. Siempre lo hacían; unos tardaban más, otros menos, pero todos se acostumbraban.

Los llevó hasta la habitación del fondo y los sentó sobre la mesa. Se quedó mirándolos en silencio. A dos de ellos ya los conocía, lo había visto antes, pero eso no le importaba, ahora estaban con él, y aquella casa sería su nuevo hogar; al menos mientras a él le quedara un soplo de vida. Después, serían libres.

El señor Tobías los acarició con ternura mientras permanecían inmóviles, sólo una fría brisa que entró por un rendija de la ventana hizo estremecerse ligeramente al más pequeño de los tres; pero sólo fue un instante, el tiempo que necesitó el anciano para cerrarla por completo. Después se acercó a ellos y continuó con las caricias, los limpió con suavidad y curó las heridas del mayor de ellos.

Tenían miedo, él podía sentirlo, y por eso no dejaba de repetir «*No os preocupéis, yo os cuidaré. Estaréis siempre aquí, nadie volverá a haceros daño jamás*».

Cuando estuvieron bien limpios, con gran cuidado los llevó a cada uno de ellos al sitio que les había preparado, y allí, quietos y rodeados de otros como ellos, permanecerían hasta que el señor Tobías reclamase a alguno para que

hablase con él. Y lo hacía todas las noches.

* * *

Aquella mañana el viejo se levantó con un fuerte dolor en el pecho, y tan débil que apenas consiguió llegar a la mesa del escritorio. Se dejó caer en la silla y miró a todos sus "invitados" antes de coger su pluma y una hoja y escribir sus últimas líneas de vida: Pido perdón por haberlos retenido aquí, pero lo hice porque los amaba y sólo deseaba cuidar de ellos. Lo único que pido es que no los abandonen a su suerte.

Fueron los dueños de la frutería del otro lado de la calle los que avisaron a la policía. Hacía un par de días que no veían al señor Tobías sentarse en su porche, y hasta los niños ya se atrevían a mirar hacia la casa y se extrañaban de no encontrarse con su mirada desafiante puesta en ellos.

Los agentes entraron en su casa sin tener que forzar la puerta. Todo estaba en silencio, en penumbra. El olor a cerrado y a algo más atravesó las fosas nasales de los policías y les llevó hasta la habitación del fondo. El señor Tobías estaba allí, inmóvil, con medio cuerpo sobre la mesa y con la nota bajo la mano. Uno de ellos abrió las ventanas y entonces se quedaron atónitos cuando vieron todo lo que había en las paredes. Aquello debió llevarle casi toda una vida.

Sobre la pequeña chimenea del rincón había un enorme cartel de madera con una inscripción tallada:

ESTE ES EL PARAISO DE LOS LIBROS PERDIDOS.

EN ESTA CASA VIVEN FELICES.

MIEL QUE TE QUIERO MIEL

—¿Y qué narices sé yo sobre olivos, aceitunas o aceite...? ¿O sobre eso que has dicho que se llama al...no sé qué?

—Almazara... Se dice almazara, Markus—le respondió su buen amigo Javier.

—Como se diga, yo no tengo ni idea y tampoco tengo muy claro por qué tengo que estar yo aquí.

—Muy sencillo, porque tu querido abuelo paterno era de aquí, y al morir te ha nombrado su único heredero; así de simple—su amigo siempre le decía las cosas sin tapujos, sin andarse con rodeos.

—Ya lo sé, y por eso le dije al abogado que lo pusiera todo en venta y que me enviase el cheque a casa... Eso... eso sí que era sencillo.

—Pues me temo, *mein freund*, que eso no va a ser posible. Tú estabas presente cuando leyó las últimas voluntades... Lo dejó bien clarito: Todas mis posesiones serán para mi nieto Marcos, con la única condición de que no pueda venderlas en un plazo mínimo de un año—Javier intentó imitar la voz ronca y autoritaria del abuelo de su amigo.

—Ya... Me he dado cuenta de que mi abuelito que en paz descansa, tenía mucho sentido del humor...

—¿Pero por qué te quejas tanto?—Javier lo miró con atención—. Acabas de convertirte en un gran agricultor...

—Muy gracioso, sí, muy gracioso—el rostro de Markus reflejaba una gran contrariedad—. Tengo que dejar mi cómoda vida en Berlín para volver al pueblo de mis abuelos, al que he venido tres veranos y el último fue hace casi veinte años; ¿y todo ello para qué? ¿De verdad crees que yo voy a gestionar todo esto teniendo mi empresa de software en Alemania?

—Tío, es tu herencia, tú sabrás lo que haces con ella, pero no son cuatro olivos, ¿eh?—Javier comenzó a reírse al ver la cara de su amigo.

—¡Dios! ¿Por dónde demonios es?—Markus detuvo el coche en un cruce con unos carteles de señalización tan desgastados que a algunos incluso les faltaba letras—. ¿Cómo se llamaba el pueblo? ¿Albu qué?

—*Arbuniel*, Markus, con erre—a Javier le seguía divirtiendo la situación—. Es por el de la derecha.

—Vale, gracias.

* * *

Varias veces más se equivocó en los cruces, pero al final lograron llegar a su destino. Un arco de piedra les dio la bienvenida a la finca de los Valero. Comenzaba a ponerse el sol, pero aún pudieron observar la inmensidad del terreno, millares de olivos en hilera se perdían por el horizonte hasta donde la vista les alcanzaba.

—Es impresionante, ¿verdad?—dijo Javier dirigiéndose a su amigo.

—En eso tengo que darte la razón...—respondió Markus absorto en el paisaje teñido de verde oscuro—. Parece que jamás lleguemos a la casa.

El viejo cortijo apareció ante ellos como una isla en un mar de olivos, y a la mente de Markus regresó un viejo recuerdo, una frase que siempre escuchó decir a su abuelo y a su padre y que hasta ese momento no comprendió: *No hay nada más bello que el mar de Jaén...*

Había mucho movimiento alrededor del cortijo. Un gran trasiego de personas que iban y venían de aquí para allá, camiones pequeños y furgonetas que venían de diferentes caminos y se perdían detrás del cortijo, tractores y torillos mecánicos. No había duda de que estaban aún en jornada laboral. Detuvieron el coche frente al portón de entrada al cortijo y bajaron despacio, oteando a su alrededor sin saber muy bien qué debían hacer.

—Buenas tardes—oyeron una voz detrás que se dirigió a ellos—. ¿El señor Marcos Valero, supongo?

—Yo soy Markus, sí—contestó cerrando la puerta y acercándose a aquel hombre de avanzada edad—. Mi secretaria avisó de que llegaría hoy.

—Encantado, Markus—el hombre extendió su mano para estrechársela—. Me llamo Antonio, soy el Maestro almazarero de la Finca Valero. Es un placer

volver a verte después de tantos años.

—Igualmente, Antonio—estrechó aquella mano que estaba más fuerte de lo que parecía—. Este es mi amigo Javier, se ha prestado a hacerme de guía para llegar hasta aquí.

—Tenemos el placer de conocernos—respondió Antonio saludando también a Javier—. Su padre es un buen amigo.

—¿Qué tal, Antonio?—preguntó Javier—. Mucho jaleo, ¿no?

—Ya sabes lo que es esto por estas fechas, un no parar. Por favor, entrad en el cortijo, ahí está mi mujer, ella os dirá dónde dejar vuestras cosas, os instaláis y en un rato vendré a por vosotros y os enseño todo esto, ¿de acuerdo?

—Se instala el señorito nada más—añadió Javier riendo y dirigiéndose hasta la puerta del conductor—. Yo me tengo que ir ya, tengo tareas que me reclaman en casa.

—De acuerdo, Antonio—le respondió Markus despidiéndose antes de abrir la puerta del maletero y sacar sus maletas—. Y tú, cuida bien de mi coche, ¿eh?

* * *

La casa era enorme, un viejo cortijo centenario que había sido de los Valero desde siempre, una de las familias más queridas y respetadas de todo Jaén. Su abuelo fue una persona muy querida y respetada en todas partes, y eso era algo que a Markus le llenaba de orgullo, pero también le causaba cierta intranquilidad porque sus intenciones eran vender cuanto antes todo aquello y volver a su querida Berlín.

* * *

Markus dejó que Antonio le fuera mostrando el viejo cortijo, todos sus recovecos, un viejo granero incluso, pero lo que llamó su atención fue todo lo que había detrás. Un gran almacén donde se encontraba la almazara y que sin

duda era el centro de todo aquel universo. Los camiones descargaban incesantemente kilos y kilos de aceitunas, las torvas y las cintas las iban transportando hacia su trágico final. El olor atrapó a Markus, ese olor fuerte pero atrayente que lo envolvió al pasar junto a las aceitunas molidas. La cantidad de maquinaria sorprendió a Markus, desde luego no se había imaginado nunca que aquello sería así, y distaba mucho de lo que vagamente recordaba.

—¿Ha cambiado bastante, verdad?—Antonio se dirigió a un Markus al verlo tan interesado en cada pieza de la maquinaria—. Tu abuelo y tu padre comenzaron en este mundo de otra forma bien distinta.

—Creo recordar algo, pero todo esto no estaba aquí, ¿verdad?—respondió Markus mirándolo exhortativamente—. Antes se hacía en el cortijo...

—Así es, muchacho. Cuando eras un crío todavía estaban las viejas piedras de moler, y la almazara era parte de la casa y el granero—Antonio evocaba aquellos años como si hubieran sido los mejores de su vida—. Entonces sí que se trabajaba duro, pero merecía la pena, muchacho, vaya que sí merecía.

—Modernizarse o morir, ¿no?

—Así es, Markus, no queda otra opción. Me han comentado que tienes tu propia empresa en Alemania.

—Exacto, una empresa de software para empresas.

—Cosas de ordenadores, ¿no?—la pregunta de Antonio dejaba evidencia que aquel no era su fuerte y que él pertenecía a otra época.

—Más o menos.

Antonio terminó de enseñarle la almazara y el funcionamiento de todo hasta llegar al ansiado tesoro, aquel líquido mezcla color verde y dorado al que el viejo almazarero se refería como oro líquido. La pasión y el amor por todo aquello que vio en Antonio le recordó a su abuelo y a su padre, pero

definitivamente creyó convencerse de que él no estaba hecho de la misma pasta. Poco después se despidieron.

—Mañana cuando te levantes—le dijo el Maestro Almazarero—. Coge uno de los coches de ahí afuera y ve a dar una vuelta por tu finca. Yo tengo que salir, pero si sigues el camino de gravilla blanca llegarás a la zona que queda por recoger. Pregunta por la encargada, ella te explicará lo que quieras saber. A la noche te veré.

—Muchas gracias, Antonio, así lo haré. Nos vemos mañana al anochecer—Markus se despidió, entró en el cortijo, y tras picotear de todo lo que sacó la esposa de Antonio, se fue a descansar a su habitación.

* * *

Markus madrugó, incluso más de lo que acostumbraba en casa. No quería parecer el típico dueño que no hace nada más que pasearse y no dar palo al agua, y además, quería recorrer la finca. Pensó hacer caso de las indicaciones de Antonio y dirigirse hacia donde estaban recolectando. Buscó en su maleta algo de ropa con la que ir lo más normal considerando el lugar donde estaba, pero pronto se dio cuenta que aun así, desentonaba.

Bajó a la cocina y allí se encontró con la mujer de Antonio. Un delicioso aroma a café recién hecho inundaba la estancia.

—Buenos días, Marcos—saludó la sonriente mujer mientras sostenía en una mano la cafetera y en la otra una taza—. ¿Puedo llamarte Marcos, o hay que decirlo en alemán?

—Oh, no, no—Markus sonrió—. Puede llamarme como usted quiera, es que a veces se me hace raro escuchar lo de Marcos. En Alemania todo el mundo me dice Markus.

—Pues como estamos en Jaén, en España, yo te llamaré como te puso tu madre—le devolvió la sonrisa a la vez que levantaba un poco la cafetera en señal de ofrecimiento—. Y no me llames de usted, por favor. Asunción a

secas.

—Muy bien, Asunción. Trato hecho, y sí, me encantaría probar ese café; huele tan bien que parece llamarme...

—Ahora mismo. ¿Un terrón o dos?—preguntó la mujer al llenarle la taza.

—¿Un qué?—Markus la miraba fijamente, como si pudiera adivinar en su mente de lo que estaba hablándole.

—Has pasado demasiado tiempo fuera de aquí, ¿eh?—Asunción le llevó la taza a la mesa y se acercó a la alacena a por un cuenco pequeño de barro que colocó a junto a la taza, sacando una sonrisa del muchacho en cuanto vio lo que contenía—. Te los comías a puñados cuando eras un crío.

—Dios... No recordaba ya los terrones de azúcar—Markus cogió uno con sus dedos—. Pensaba que ya ni existían, la verdad...

—Qué pronto olvidáis los jóvenes las cosas buenas de antes...—le contestó Asunción de forma que a Markus le sonó casi a reprimenda—. Por cierto, mi Antonio ha dicho que cojas el coche de la entrada, que las llaves están puestas.

—Ah, pues gracias. Está en todo tu marido, ¿eh?

—Es muy *apañado*, la verdad.

* * *

Markus salió a la calle. Hacía algo de frío y la claridad ya comenzaba a invadirlo todo. Miró el que sería su medio de transporte aquella mañana, y hasta dudó de si sería capaz de conducirlo. Aquel coche debía tener su edad, si no más. El viejo y bastante destartado *Renault 4L* del color desgastado de la aceituna, parecía retarle a dar una vuelta en él.

Le costó unos minutos y que el coche se calase media docena de veces, acostumbrarse de nuevo a eso del cambio manual, a las cuatro marchas, a no tener dirección asistida, y unos asientos duros, incómodos, y cubiertos por unas jarapas raídas que seguramente tendrían casi la misma edad que el coche.

Pero lo consiguió, al final dejó atrás el cortijo y las risas veladas de todo aquel que presenció el espectáculo.

Avanzó despacio y entre pequeños saltos y baches por un camino que se adentraba entre los olivos. Su principal objetivo era encontrar cualquier signo de vida humana; por alguna parte debían estar recolectando, y por tanto debía haber vehículos y personas. Y así fue, al fin llegó a un pequeño anchurón donde había un camión y un par de furgonetas. Por allí cerca debían estar. Aparcó el *4L* y se bajó. Echó a andar hacia unas voces que se escuchaban no muy lejos de allí.

Se acercó a un pequeño grupo que se encontraba alrededor de un olivo. Se quedó un poco sorprendido al principio, esperaba otra cosa después de haber consultado en *Google* las maquinarias vibratorias y diferentes artilugios para la recolección; pero no, aquellas personas deslizaban sus manos por las ramas arrancando las olivas casi una a una, y debajo del árbol unos telones oscuros cubrían el suelo y recogían todo lo que caía.

—Buenos días—dijo al llegar junto a los trabajadores.

—¡Buen día!—contestó uno de los jornaleros.

—Busco a la encargada, Antonio me ha dicho que estaría por aquí.

—Pues por ahí viene, joven—el hombre señaló hacía una muchacha que se acercaba a ellos.

—Buenos días—Markus saludó a la chica cuando estaba a un par de metros de él—. Busco a la encargada.

—Yo soy la encargada—se quedó mirando con mucha atención a aquel hombre de ojos marrón claro que tenía frente a ella—. Muy guapo te has venido tú para currar... No sé quién te habrá contratado ni por qué, pero te voy a exigir como a los demás. Me llamo Alba. Quédate con esta colla, ellos te dirán lo que tienes que hacer y cómo hacerlo, ¿vale?

—Yo... Yo...—Markus no acertó a vocalizar nada más.

Se quedó embobado con lo que veían sus ojos. Ante sí tenía una mujer con unos ojos tan verdes como las hojas de los olivos, con las mejillas sonrojadas por el helor de la mañana, vestida con un mono de color azul y con el cabello recogido tras un pañuelo. Aquel rostro le resultó familiar, pero no supo adivinar la razón, ni tuvo tiempo a preguntar o a decir algo más porque sin saber cómo, la chica se había marchado y él estaba trabajando como uno más.

* * *

Ni Markus sabía cómo había conseguido terminar la jornada, y menos por qué no había dicho quién era o haberse largado de allí cuando hubiese querido; pero no, no lo hizo, aguantó como se esperaba de un buen jornalero, no iba a dar motivos para que nadie lo llamase vago, pero él sabía que la verdadera razón de darse aquella paliza fue querer volver a ver a aquella mujer.

Cada dos por tres miraba hacia el camino con la esperanza de verla aparecer, pero no tuvo suerte, ni a la hora del almuerzo, que todos compartieron solidariamente con él, ni por la tarde; la jornada terminó, recogieron sus cosas y se dispusieron a marcharse. Él, amable, se ofreció a llevar a algunos de los jornaleros en el coche, lo que levantó algo de sospecha en ellos al ver que se trataba de uno de los vehículos de la finca; pero nadie dijo ni preguntó nada.

Cuando se bajó del coche le dolía cada articulación del cuerpo, no estaba ya acostumbrado a tanto esfuerzo físico, y parecía que le habían dado golpes por todas partes. Entró en la cocina buscando algo fresquito para calmar la sed, y allí se encontró con Antonio y su esposa, que al verlo entrar se quedaron extrañados de la cara de cansancio que llevaba.

—Buenas tardes, Markus—saludó Antonio—. ¿Estás bien? Parece que hubieras visto un fantasma.

—Ojalá fuera eso—Markus resopló, hasta él mismo juraría que le faltaba

el aliento—. Un vaso de agua, por favor, o lo que sea que pueda beberse.

—Claro que sí—Asunción cogió el botijo y se lo acercó. Markus se quedó mirándolo extrañado, a lo que la mujer reaccionó rápidamente—. ¿Prefieres en vaso?

—Sí, si no te importa, Asunción. Recuerda que soy un señorito de ciudad, como decís por aquí, ¿no?—Markus sonrió al ver a Asunción echarse a reír mientras iba a por un vaso.

—¿Qué te ha pasado?—preguntó Antonio—. ¿Dónde has estado todo el día?

—Pues aunque no lo creas, trabajando en la finca...

—¿Cómo dices?—Antonio se extrañó por aquella respuesta.

—Que llegué, saludé, apareció la encargada, me puso a trabajar con la colla que allí había, y ya no regresó. Y como no sé decir que no, el resto te lo puedes imaginar—Markus se señaló a sí mismo mostrando las evidencias en su ropa y en su rostro.

Antonio y Asunción se miraron de forma automática y no pudieron evitar echarse a reír ante la cara de incredulidad de Markus, que los miraba sin entender nada.

—Me vais a perdonar... pero no lo he pillado...—dijo mirando con ojos entrecerrados al matrimonio.

—Te has encontrado con Alba, ¿no?—le preguntó Asunción.

—Sí, por poco tiempo, pero sí.

—¿No la recuerdas?—la pregunta ahora venía por parte de Antonio—. Tampoco os lleváis tantos años.

—¿A Alba?—Markus estaba intrigado ya—. ¿Se supone que debo conocerla?

—Y tanto...—Asunción sonrió—. Cada verano que viniste no os separabais ni un minuto...

—Un momento...—las piezas empezaron a encajar en la cabeza del muchacho—. ¿Albi? ¿Albita? ¿Es ella?

—Claro, Marcos, nuestra hija Alba—Asunción le confirmó orgullosa de su niña—. Está muy cambiada, pero a mejor, ¿verdad?

—¡Y tanto que sí!—Markus se ruborizó al darse cuenta de su efusivo comentario, e intentó salir del paso de la mejor forma posible—. Ha crecido muy guapa, pero es de esperar, ¿no? No hay más que ver a su madre...

—¿Entonces nuestra niña te ha puesto a trabajar?—Antonio no era capaz de dejar de reír.

—Lo cierto es que no recuerdo que de pequeña tuviera tanto carácter y tanta dote de mando...—Markus sonrió y decidió guardarse para sí la parte en la que poco más que menos había quedado hipnotizado nada más verla—. Pero sí, no he podido evitar terminar echando la jornada con los demás.

—Mañana dile quién eres—le dijo Asunción—. Nosotros no le hemos dicho que habías vuelto, y con lo cambiado que estás tú también, ella tampoco te ha reconocido. A menos que prefieras trabajar, claro...

—Eso—Antonio no podía dejar de reír—. Como no le digas que en realidad el jefe eres tú, esa te hace trabajar de sol a sol.

—Yo no soy el jefe—esa palabra no la usaba ni en su propia empresa.

—Ahora eres el dueño de todo esto, no lo olvides.

—No lo olvido—respondió resignado—. Me vais a disculpar pero estoy tan cansado que necesito la cama ya...

—¿Ya? ¿Tan pronto?—preguntó la mujer de Antonio—. ¿No piensas cenar?

—No tengo ni hambre, Asunción—Markus se levantó de la silla—. Prefiero descansar y levantarme bien mañana. Muchas gracias por todo. A los dos.

—Que descanses, Markus.

* * *

Aquella noche soñó con ella. A medida que en sus sueños iba prestando atención a los detalles, fue encontrando las similitudes con la Alba que él conocía desde pequeño. Sobre todo sus pupilas, no entendió cómo no se dio cuenta de que aquel color de ojos no había cambiado en todos esos años. En realidad tampoco cambió aquella carita de niña dulce, tan solo se había ocultado tras una máscara de chica dura y autoritaria.

Sus sueños se mezclaron con los últimos recuerdos que conservaba de aquella chica. Se dio cuenta de que en su mente aún se escondía en un lugar profundo un pensamiento, una frase que debió decir cuando eran adolescentes pero que se quedó acallada en su interior. Aquella noche sus cuerdas vocales debieron tocar las notas adecuadas para que la melodía que se escuchase fuese un te quiero, pero todo quedó en silencio y el adiós se adueñó de aquel momento.

Despertó con la imagen de Alba y sus preciosos ojos verdes clavados en su mente. ¿Qué le estaba pasando?. ¿Por qué de repente solo podía pensar en aquella chica del pasado?. ¿Por qué se cuestionaba ahora la elección que tomó al irse a estudiar fuera?. Demasiadas preguntas para sí mismo, muy temprano para comerse el coco, se dijo finalmente, pero la realidad es que se moría de ganas por verla de nuevo.

—Buenos días, Asunción—saludó de forma alegre y jovial en cuanto entró a la cocina.

—Buenos días, Marcos. ¿Has descansado?—preguntó mientras se acercaba a la mesa cafetera en mano—. ¿Un café?

—Sí, por favor—agradeció Markus sentándose a la mesa—. He dormido del tirón por el cansancio. ¿Ya se ha ido tu Antonio?

—Él siempre madruga mucho, es el primero en salir, siempre tiene mucho trabajo—le dijo mientras le llenaba una buena taza de café—. Creo que hoy

tenía que pasar por la finca donde está nuestra hija; si vas por allí puede que te los encuentres a los dos.

—Ahora me acercaré, hoy sí que pretendo ver la finca—sonrió al recordar la jornada anterior, sacando otra sonrisa a Asunción.

* * *

Intuía que no faltaba mucho para llegar al lugar donde estuvo el día anterior cuando el coche comenzó a tironear hasta que el motor se detuvo y ya no quiso volver a arrancar por más veces que Markus lo intentó. Optó por bajar, echar un vistazo bajo al capó y tomar conciencia de que no tenía absoluta idea de mecánica. Dejó el coche en medio del camino y continuó a pie con la esperanza de que su sentido de la orientación estuviese en lo cierto y no faltase mucho para llegar a su destino. Pasada la primera hora asumió que se había perdido y tendría que optar por decidir entre si seguir adelante o volver hasta el coche y esperar que alguien le rescatase.

Markus se sentó en una roca que había al lado del camino para descansar y meditar su decisión. Escuchó algo a lo lejos, en la misma dirección a la que él se dirigía. Aguantó la respiración y se quedó muy quieto para prestar más atención. Sin duda era algún tipo de vehículo a motor. Estaba expectante, su salvador se acercaba cada vez más.

A los pocos minutos una pick up se detuvo a su lado y bajó la ventanilla. La sorpresa para Markus fue mayúscula: no era su salvador, sino su salvadora. Allí tenía a Alba, con el antebrazo apoyado en la puerta y mirándolo fijamente con aquellos hermosos ojos verdes que parecían traspasarlo, pero en esa ocasión el gesto de su rostro era diferente, estaba más tranquila y habría jurado que hasta se la notaba algo ruborizada.

—Buenos días—saludó en voz baja la chica.

—Buenos días—respondió Markus—. ¡No sabes cómo me alegro de verte!

—¿Te alegras? ¿Y eso? ¿Acaso tenías ganas de verme?—dijo Alba en tono

inquisidor—. ¿Por casualidad quieres decirme algo?

—Eh... No, no, me refería a que menos mal que pasa alguien...—comenzó a ponerse nervioso en cuanto notó que volvía a ser la chica autoritaria—. Que me daba igual que fueras tú, o no, eso... ya sabes, que me he quedado tirado y...

—¡Ah! O sea, que no querías verme... Vale, vale, ya entiendo.

—¡No! ¡No! ¡Yo no he dicho eso! Deja de liar las cosas, por favor.

—¿Encima soy yo la que lía las cosas?—Alba abrió la puerta y bajó de la pick up—. ¿Qué problema tienes conmigo?

—¿Pero qué dices?—Markus ya no sabía ni qué decir ni cómo actuar—. En serio, me estás rayando.

—Que estoy de broma, hombre...—Alba sonrió y relajó su tono—. Hola, Marcos.

—Ho, hola...—Markus la miró entrecerrando los ojos como si no se fiase mucho de aquel repentino cambio de actitud.

—Mi padre me ha dicho que estabas por aquí, y me ha comentado lo de ayer...—soltó una pequeña carcajada—. ¿Pero por qué no me dijiste nada?

—Pues... Porque tampoco tuve oportunidad...—Markus se encogió de hombros al contestar.

—Te has hecho mayor y te has vuelto tonto... ¡Hola, Marquitos!—Alba se adelantó un par de pasos y le estrechó con sus brazos—. ¡Cuánto tiempo!

—¡Joder! Ya empezaba a preocuparme—suspiró profundo mientras se dejaba abrazar—. Ya te vale...

—Sigues siendo un inocentón...—Alba se separó un poco de él—. Aunque eso sí, has crecido muy pero que muy bien, y sigues teniendo unos ojos muy bonitos...

—Para ojos preciosos, los tuyos...—se le escapó sin querer a Markus—. Quiero decir que estás muy guapa, Alba.

—Ya lo sé...—le contestó dando unos pasos atrás—. Venga, sube, te voy a enseñar todo lo que ahora es tuyo.

—De acuerdo... Creo que la guía es buena...

—Buena no... ¡La mejor!

Alba le mostró a Markus la mayor parte de la finca, haciendo especial hincapié en las zonas más exclusivas, explicándole el funcionamiento de casi todo, y el muchacho le prestó toda la atención que pudo; le encantó escucharla hablar de olivos, aceite, almazaras, riegos, tractores, con tanta pasión que parecía que amaba todo aquello y que allí era muy feliz.

—Alba...—dijo Markus mirándola mientras conducía.

—Dime.

—¿Nunca has querido irte de aquí? Me refiero del pueblo, del campo.

—Claro que sí—Alba lo miró de reojo y sonrió—. Y me fui. Me largué a la ciudad y estudié la carrera de Empresariales.

—¿Y entonces qué haces aquí?—preguntó Markus extrañado—. ¿Por qué no has buscado trabajo en lo tuyo?

—Lo busqué y lo encontré. Trabajé un año para una multinacional, ganaba mucho dinero y vivía estresada veinticinco horas al día... pero tenía algo dentro de mí que me decía que aquella no era la vida que quería, y entonces decidí volverme y trabajar aquí junto a mis padres.

—¿Dejas una multinacional para venirte a trabajar en el campo?—a Markus le costaba entenderlo.

—Dejé una vida que no me hacía feliz para vivir otra que me llena; ¿eso es malo...?

—¿Eh? No, claro que no... Pero no creo que sea tan sencillo de entender.

—Dime, Markus...—Alba detuvo el coche y lo miró fijamente—. ¿Nunca has imaginado cómo hubiera sido tu vida si no te hubieses ido o si hubieras vuelto?

—Lo cierto es que hasta anoche no me había hecho esa pregunta...—los ojos de aquella mujer tenían algo que lo volvían loco.

—¿Anoche?—Alba sintió curiosidad—. ¿Qué te pasó anoche?

—Que recordé viejos tiempos y soñé con lo que hubiera pasado si...

—¿Si qué...?

—Nada, nada, ya sabes que los sueños sueños son, ¿no?

—Algunos se cumplen...—Alba reinició la marcha—. Te voy a llevar a un sitio muy especial, a ver si lo recuerdas.

—Vale, tú mandas.

* * *

Tras un rato conduciendo entre olivos, el coche comenzó a ascender por un camino empinado que subía hasta arriba de una colina. Alba detuvo el coche, paró el motor y bajó. Markus hizo lo mismo, sin quitar la vista de un enorme olivo que había en la cumbre, rodeado de un pequeño muro de piedra y bajo el que había un banco de madera. Entonces recordó aquel lugar.

—¿Recuerdas este sitio?—preguntó Alba sentándose en el banco—. Lo único que no recordarás es el murito de piedra y este banco, son de hace poco tiempo.

—Claro que me acuerdo...—Markus miró hacia arriba—. Es el primer olivo que plantaron mis antepasados.

—¿Y no recuerdas nada más?—preguntó ella, haciendo que la atención del chico volviera.

—Claro...—Markus la miró a los ojos—. Aquí nos despedimos la última vez...

—Buena memoria...—Alba se incorporó y se acercó a él—. A mí tampoco se me ha olvidado... Me debes dos palabras y un beso...

—¿Cómo?—estaba sorprendido, no esperaba aquella situación.

—¿Recuerdas que siempre me decías que mis ojos eran muy bonitos?

¿Cuándo te preguntaba qué te parecían mis ojos? ¿Qué me respondías?—Alba se dio cuenta de que lo recordaba porque vio cómo se le escapaba una sonrisa.

—Verde que te quiero verde...

—Sabía que no te olvidarías... y sé que en el fondo no ha cambiado nada...

—Alba pegó su cuerpo al de él, dejando sus rostros apenas a un palmo de distancia—. Ahora quiero esas dos palabras y el beso...

—Te quiero...—esta vez no dudó en decirlo, y acercó sus labios a los de ella para fundirse en un beso tan dulce como apasionado.

—La espera ha merecido la pena...—Alba lo miró tras el beso—. Me encantan tus ojos, Marcos. Son preciosos...

—Gracias...—Markus la miró sonriendo—. Y dime, ¿qué te parecen mis ojos...?

—Miel que te quiero miel...

Cruce de caminos

Para él, era la undécima; para ella, la primera vez.

* * *

Juanlu llevaba ya veintisiete días caminando, y como en tantas otras ocasiones, hacer el camino era una auténtica delicia no sólo para sus sentidos, también para su alma. La primera vez que sus padres lo invitaron a acompañarles, les dijo que no, y también la segunda e incluso una tercera, pero al final se decidió a complacer a sus progenitores, únicamente por

poderles decir que les hacía un favor, pero no tardó en darse cuenta que fue al contrario. Llegó al albergue cuando ya era noche cerrada. Le gustaba caminar en la oscuridad aunque sabía que no era buena idea.

* * *

Marina hacía apenas tres días que comenzó el camino con sus dos de sus tres mejores amigas. Era algo que desde muy pequeñas decían una y otra vez que harían, y por fin se habían decidido. No es que fuese algo que le entusiasmara, pero por alguna extraña razón, sentía por dentro que debía hacerlo. Entraron por la puerta del albergue un poco antes de ponerse el sol; estaban cansadas, pero muy satisfechas consigo mismas.

* * *

Ella sabía que aquel hombre no estaba cuando llegaron al albergue, ni tan siquiera recordaba haberlo visto pasear por las calles del pueblo, y tampoco se hubiera percatado de su presencia si cuando se metió en la cama no lo hubiera visto acercarse a la ventana con una silla y sentarse bajo la tenue luz que la farola enviaba a través del cristal. Se preguntó qué diablos hacía a esas horas, cuando casi todo el mundo descansaba; como una curiosa permaneció con los ojos bien abiertos hasta que aquel individuo hizo su siguiente movimiento: sacó un trozo de madera del tamaño de un puño y una navaja que abrió de forma lenta como si fuese un ritual zen.

La afilada hoja se deslizaba por la madera dejando atrás pequeñas virutas que caían al suelo. Giraba y giraba mientras iba cogiendo la forma que parecía esconderse en su interior y que sólo aquel hombre era capaz de ver. No muchos minutos después, se dedicaba a dar los últimos retoques, las pinceladas que incidían en los detalles. Aquella diminuta obra de arte estaba terminada. Desde allí no podía verla con claridad, pero habría jurado que se trataba de un bonito caballo de madera. Se quedó dormida pensando en Troya.

* * *

Juanlu cogió el papel de lija y lo pasó repetidas veces por toda la superficie. Su tacto era ya tan suave que si cerraba los ojos sentía estar acariciando la mismísima crin del caballo. Volvió a mirar de reojo hacia su inesperada observadora y se la encontró con los ojos cerrados y una bonita sonrisa en su rostro. Diríase que el sueño que tenía debía ser hermoso.

Cerró la navaja y la guardó en su bolsillo junto a la figurita de madera; después recogió las virutas del suelo y las echó en la papelera. Se dirigió entonces al otro lado del barracón, y al pasar al lado de la litera de la muchacha, la tapó con una manta teniendo cuidado de no despertarla. En apenas unas horas retomaría su camino.

* * *

Marina despertó e instintivamente miró hacia la ventana. El misterioso artesano ya no estaba, y pese a qué entendía que era lo más normal, no podía evitar sentirse algo triste al no verle. No lo vio en el barracón, no lo encontró durante el desayuno, ni por los alrededores. Ya se había marchado, pero ellas aún se quedarían un par de días más hasta reunirse con la cuarta amiga.

Al tercer día partían a primera hora. Marina, como siempre, era la última en dejar el barracón, y como siempre hacía desde que comenzó el camino, pasó por el rincón de los suvenires para llevarse algo de recuerdo. No necesitó mucho tiempo para encontrar algo, ni se devanó en elegir entre varios objetos. Lo tuvo muy claro al instante: el caballo de madera.

* * *

Pese al cansancio que sentía aquella noche, buscó el abrigo de una buena luz, y la encontró al lado de la chimenea. Esperó a que el silencio se adueñara de todo para sacar un pedazo de madera y su navaja. Durante un buen rato fue dándole forma, de forma suave, sin prisas, recreándose en los detalles, en cada curva, muesca a muesca, hasta que un gato fue apareciendo. Tras el

lijado final, como en la anterior figura, grabó una letra: S.

* * *

Llovía a cántaros y el frío les calaba hasta los huesos. Nada más entrar en el albergue se dirigieron con rapidez hacia la chimenea en busca del calor que despedían las llamas. El camino había sido duro por culpa de las condiciones atmosféricas, pero en su interior se sentían satisfechas porque no se habían rendido, habían continuado paso a paso entre risas y ánimos. Ni los varios resbalones que dieron con Marina en el suelo pudieron con su entrega.

Hubieran pasado la noche junto a la chimenea si no fuese porque la cama parecía llamarlas con demasiada insistencia, y bien cierto era que sus cuerpos necesitaban un descanso reparador para poder afrontar la siguiente etapa.

Por la mañana Marina buscaba algo que llevarse como recuerdo entre la multitud de colgantes, pulseras, broches, llaveros y figuritas de cristal y piedra que había en el mostrador. Ningún objeto le atraía en demasía hasta que entre un montoncito de llaveros vio un pequeño gato de madera que le resultó familiar. Su tacto le recordó al caballito, y éste también llevaba grabada una letra. Era de él, estaba completamente segura.

* * *

Juanlu no sabía cuál sería la ventaja que les había sacado ya a las chicas, pero cada día que pasaba sentía más y más curiosidad. Se preguntaba si habrían seguido el mismo camino que él, si no habrían abandonado, si aquella bonita muchacha habría ido recogiendo sus figuras. A veces le daba por pensar que tal vez debió tragarse su timidez y haberle dicho algo esa misma noche, o haber esperado que despertase a la mañana siguiente. Pero no lo hizo y ahora las dudas lo carcomían.

Tomó la decisión de hacer un alto en el camino y esperar unos días en aquel lugar que tanto le gustaba. El destino y la magia del camino obraría lo que tendría que pasar o dejar de pasar.

* * *

La conversación durante la mayor parte del camino se había centrado en aquel artesano de figuras que parecía hacerlas y dejarlas a posta para que Marina se las llevase. Imaginaban historias de todo tipo, motivos algunos creíbles y otros inverosímiles, pero Marina en su interior seguía pensando que sí eran para ella.

Cuando se fueron a dormir y el silencio se apoderó de todo el lugar, sacó su bolsa de tela y vació su contenido en la cama. Ya tenía diez figuras de madera. Un caballo, un gato, un perro, un delfín, una perdiz, un toro, una jirafa, un oso, un león y una cebra. Y cada animal con una letra grabada, y ella sabía que aquello tenía que significar algo: tenía tres Q, dos S, una H, una P, una Y, una T y una D. Estaba convencida de que eran el comienzo de una palabra, y que si las averiguaba en el orden en que se las había ido dejando, encontraría una frase para ella. Su corazón así se lo decía.

Q S H P Q Y T Q S D

* * *

Era ya la última pieza. Le dedicó algo más de tiempo que a las anteriores. Juanlu puso toda su alma en aquella figura, quería que fuese perfecta, no podía tener ninguna imperfección, y ya sólo tendría que esperar.

Por las mañanas salía a pasear por el pueblo, por los alrededores, a charlar con los vecinos y caminantes, y por las tardes volvía al albergue para esperarla. Los días fueron pasando y ella no aparecía. Tras varios días de desilusión, tomó la decisión de retomar el camino a la mañana siguiente. Ya nada le conminaba a continuar la espera.

* * *

Las chicas llegaron ya entrada la noche. Era el pueblo de Itziar y esa noche no dormirían en el albergue. La casa familiar acogió a las chicas aquella noche, y ya fuese por el cansancio o porque ya estaba acostumbrada a los

albergues, Marina apenas pudo pegar ojo. O tal vez fue otra la razón de su insomnio...

Fue la primera en levantarse y no esperó ni a sus amigas; algo le empujaba a ir con prisa al albergue. Buscó entre todos los peregrinos pero no le encontró. Su corazón le falló, pero al menos, como siempre, se llevaría su recuerdo. Se acercó al mostrador de los souvenirs y comenzó a buscar, pero no encontró nada. Desesperada le preguntó a la vendedora por alguna figura de madera que hubiera dejado un muchacho, un animal tallado a mano.

—Nadie me ha dejado ninguna figura de madera, muchacha—le contestó la anciana con mucha ternura—. Pero...

—¿Pero?—el corazón de Marina se aceleró.

—Un joven muy guapo me ha dejado esta mañana una nota, y me ha dicho que se la entrega a la muchacha que pregunte por una figura de madera—la anciana mostró una gran sonrisa de satisfacción—. Y esa eres tú.

* * *

Hola, mi desconocida peregrina.

He hecho el camino innumerables veces, y siempre he vivido sensaciones de todo tipo, he vivido experiencias que me han hecho ver la vida de otra manera, pero esta vez está siendo diferente, y lo está siendo por ti, porque estoy sintiendo algo que en ningún otro camino lo he sentido. Llámame loco, pirado, chalado o lo que mejor te parezca, pero en este camino he encontrado el amor.

No sé si has seguido el mismo camino que yo, ni si has ido recogiendo mis mensajes, ni si has estado pensando en mí las mismas veces que yo he hecho contigo, pero sólo deseo que en algún momento de la vida nuestros caminos se encuentren de nuevo.

Te he esperado unos días aquí, en este pueblo que para mí es mágico, pero me marchó ya. Sólo decirte que la última pieza la encontrarás bajo el

puede de la rabia, junto a Santa Quiteria, y con ella la solución al enigma de las letras.

Siempre tuyo: tu admirador peregrino.

* * *

—¿Hace mucho que se fue?—Marina preguntó acelerada a la anciana—. ¿Dónde está el puente?

—En aquella dirección, joven—le indicó con el dedo—. Si te das prisa, lo alcanzas...

No se entretuvo ni en despedirse ni en dar las gracias, salió disparada en dirección al lugar que le habían señalado. En apenas unos minutos llegó al puente. Se detuvo en mitad de éste, apoyó las manos en sus rodillas para recuperar el aliento. No había nadie allí, pero escuchó algo debajo del puente. Le parecieron unas pisadas sobre las hojas.

Se asomó con cuidado al borde del puente y una sonrisa se le escapó. Allí estaba su artesano, junto a la base del pilar, dejando algo en un hueco de la mampostería.

* * *

Cuando Juanlu se volvió se topó de frente con Marina. Ella lo miraba con los ojos muy abiertos y con una sonrisa que desbordaba alegría. No pudo evitar devolverle la sonrisa y abrazarla con fuerza durante unos segundos. Al poco ya estaban sacando del pilar una cajita de madera con última pieza y una nota. Era un corazón perfectamente tallado, y llevaba grabado la letra R. En la nota venía escrita una frase, y resaltadas, las primeras letras de cada palabra: Quiéreme sin hacer preguntas, que yo te querré sin dar respuestas

* * *

Y así termina esta historia, en uno de tantos caminos, porque algunas veces los cruces de caminos terminan en un beso.

NAREL

Narel evitaba mirar directamente al mar. Cuando lo hacía, la tristeza comenzaba a consumirla por dentro, desde lo más profundo de su alma, hasta hacerse visible en su rostro, en sus ojos, en su voz...

No conocía la razón, sólo sabía que sufría menos cuando miraba hacia las montañas, si le daba la espalda al mar. Su padre nunca le dijo el porqué;

tampoco la llevó jamás a ningún médico o especialista fuera de aquel minúsculo pueblo de la costa almeriense.

Narel tuvo que dejar de estudiar porque al cumplir los catorce años tendría que haberse ido fuera para continuarlos, pero su padre no lo permitió; y Narel se quedó en el pueblo. Cuando cumplió los dieciséis, comenzó a ayudar a su padre con el trabajo.

Narel no llegó a conocer a su madre, y su padre casi nunca le habló de ella. Todo eran dudas, y nadie supo resolverle ninguna. No sabía por qué odiaba al mar, no entendía por qué no podía salir del pueblo, no comprendía por qué no podía llamarse Ana, Lucía, Ángela o María, como el resto de sus amigas. No, ella se llamaba Narel.

Tampoco entendía la razón por la que su padre, día tras día, a la puesta de sol, caminaba hasta a algún lugar que ella desconocía y volvía poco rato después con el rostro apesadumbrado; más aún que por mucho que le preguntaba, la única respuesta que obtenía era un “a dar una vuelta”. Tras la enésima respuesta de su padre, Narel decidió seguirle el día siguiente y averiguar a dónde iba todos los días. Aquella noche apenas durmió pensando en su inminente misión.

* *

Narel ya estaba despierta antes incluso de que su padre se marchase en la noche a faenar. Se hizo la dormida pero escuchó cómo el viejo pescador se levantaba ya con esfuerzo, se lavaba la cara en la pequeña palangana de la esquina del baño, se vestía y cogía algunas cosas de allí y de allá, y salía por la puerta. Los pasos se fueron alejando a medida que ella abría los ojos de forma lenta. Se quedó unos minutos más en la cama, pero decidió levantarse para que le diera tiempo a hacer todas las tareas antes de que cayera la tarde.

Ayudó a su padre cuando volvió con la pesca del día, hasta que de nuevo se marchó para vender lo poco que había traído ese día. Narel lo notaba, cada vez le costaba más salir a faenar con el viejo barco y cada vez volvía con menos peces en los cestos.

—Padre, creo que debería jubilarse ya—le dijo en una ocasión—. No necesitamos mucho para vivir, y con su paga, por pequeña que sea, tendríamos suficiente; o incluso yo podría ponerme a trabajar.

—Ya tendrás tiempo de trabajar, cariño—le respondió su padre con tono tierno—. Y no creo que la paga que me quede alcance para los dos... pero no es esa la razón, hija.

—¿Y cuál es la razón, padre?

—No te preocupes, Narel, aún me quedan muchas redes que llenar— siempre zanjaba la conversación con esa respuesta.

* *

La tarde comenzó a caer sobre el pueblo, acompañada al ritmo de descenso del sol. Su padre había vuelto hacia no mucho, y como siempre, echó a andar en la dirección acostumbrada. Narel lo siguió a una distancia prudencial, cuidándose de agazaparse entre las pencas, las pitas o cualquier roca en el camino, hasta que creyó adivinar a dónde se dirigía: iba hacia el faro; o al menos todo indicaba a ello, pero su padre hizo un giro inesperado y bajó por la pendiente que llevaba a la cala. No había duda, el lugar donde iba día tras día no era otro sino el arrecife de las sirenas.

Narel se quedó arriba, agachada junto al borde, para ver qué hacía su padre allí abajo. Le aterraba sentirse tan cerca del mar. Lo vio acercarse a la orilla, quitarse sus viejas sandalias y avanzar unos pasos en dirección al mar,

justo hasta que el agua le llegó a los tobillos. Allí se quedó inmóvil, mirando al frente, a las puntiagudas rocas que sobresalían del agua, y si no hubiera sido por la confusión que le causaba el rumor del oleaje, Narel habría jurado que escuchó llorar a su padre.

Unos tres o cuatro minutos transcurrieron, su padre permaneció quieto con sus pies dentro del mar, hasta que movió uno de sus brazos para llevar la mano hasta el pequeño bolsillo del pantalón, y sacó algo. Los últimos rayos del sol hicieron brillar aquel objeto que su padre lanzó hacia el mar con todas sus fuerzas. Tras unos segundos, se giró y sacó de nuevo sus pies a la arena. Narel se dio cuenta de que todo había terminado y salió veloz para volver a casa antes que su padre.

No sabía por qué, pero Narel decidió no preguntarle nada a su padre, optó por esperar a que fuese él mismo el que le contara porqué cada día hacía eso. Desde que ella tenía uso de memoria, no recordaba ni un solo día en que su padre no hubiera dado su paseo, pero cada día lo veía hacerse más mayor y el cansancio se hacía notar en él; sabía que pronto llegaría el momento en que no podría bajar al arrecife.

* *

El padre de Narel murió una fría noche de febrero y fue enterrado al mediodía siguiente en el cementerio del pueblo, junto a su esposa, tal y como había expresado en sus últimas voluntades. Narel se quedó sola en el mundo, la tristeza y el miedo se colaron en su corazón adueñándose de su alma. En su interior algo le decía que al atardecer, tal como hizo su padre durante toda su vida, debía ir al arrecife de las sirenas.

Atardecía, el sol comenzaba a morir por el horizonte y Narel se acercaba a su destino. Sentía mucho miedo aunque no sabía la razón, pero una fuerza

misteriosa la empujaba a continuar paso tras paso. Cuando llegó al faro se encontró con un grupo de jóvenes. Debía ser una excursión de algún instituto, todos se agolpaban alrededor de una profesora que los apremiaba a prestar atención a la historia que les iba a contar. Narel aminoró el paso para poder oír mientras andaba hacia el arrecife:

—Mis padres se criaron por esta zona, ¿sabéis?—la maestra comenzó la narración—. Cuando era muy pequeña, antes de irnos a la ciudad, me contaron una leyenda sobre este lugar. Dicen que un buen día llegó un hombre junto a su joven mujer a buscar la soledad y la paz de estos lares. Que llegó a tener una gran fortuna gracias a sus negocios, y que era capitán de barco... pero no de un barco normal, sino de un gran petrolero. La vida quiso que su barco naufragara y causó tanto daño al mar que recibió un doble castigo: La justicia le quitó todo lo que tenía, y el mar lo maldijo con no poder tener jamás descendencia.

Pasaron los años y por más que lo intentaban, no podían concebir un hijo, y tan doloroso era para su esposa, que ésta comenzó a enfermar y parecía que moriría de tristeza.

Un buen día, el capitán bajó hasta el arrecife de las sirenas, ese que veis ahí, y le imploró al mar que retirase la maldición, aunque no fuese por él, sino por su esposa. El mar accedió a la petición, pero ciertas condiciones: Tendrían una hija, pero él debía llevar a aquel lugar cada día de su vida, una moneda, y el día que no la llevase, su hija tendría que regresar al mar.

Pese a lo injusto que le pareció, aceptó con tal de ver feliz a su mujer, y desde el instante en que supieron de su embarazo, transcurrieron los días más felices de sus vidas, hasta que la desgracia quiso que en el parto muriese la reciente mamá. Y así fueron pasando los días, con el viejo

capitán llevando una moneda diaria a la cala, y el viejo mar esperando el día en que no lo hiciera... Y esta es la historia, chicos.

Narel escuchó perpleja aquella historia. ¿Sería cierto? ¿Por qué se sentía tan identificada con esa chica? ¿Era una moneda lo que su padre llevó día tras día durante toda su vida? Narel seguía avanzando hacia el acantilado, absorta en las palabras que salían de la profesora.

—Seño. Seño, ¿cómo se llamaba la hija?—preguntó curiosa una alumna.

—Pues si la memoria no me falla...—la profesora observó a una joven casi al borde del abismo—. Creo que su nombre significaba mujer que viene del mar... Narel...

FIN

“MICRORRELATOS”

1.- “Poesía”

Además, el pollo rebozado siempre humea demasiado. Pollo, rebozado, humea, demasiado. Desde luego que los ingredientes concuerdan, pero el resultado final no ha quedado ni mucho menos espectacular. Creía que lo tenía todo para triunfar en este difícil mundo, pero es muy posible que no sea así... ¡¡¡Qué malo soy!!! No, definitivamente no. Llego a la conclusión final: Lo mío no es la poesía.

2.- “Amor al trabajo”

¿Alguna vez habéis asesinado a alguien? Probablemente no, y si es que sí, os felicito, ya sabéis lo que se siente. No todo el mundo es capaz de describir esa sensación, y menos aún el que no lo ha sentido.

Me llamo Saúl, Saúl Valero, y soy un asesino a sueldo en mis ratos libres, sobre todo en fines de semana. Cualquiera puede contratar mis servicios, pero como norma general trabajo para familias poderosas. Soy muy bueno, y no soy nada barato.

Llevo una vida normal. Trabajo en lo que me gusta. Y seamos sinceros, hoy día pocos pueden decir que trabajan y cobran por hacer lo que les apasiona. Pues bien, yo sí puedo decirlo.

No piensen que soy un ser malévolo. Nada más alejado de esa apreciación. Repito: Sólo es un trabajo extra, nada más.

¡Basta! Otra vez pensando en tonterías... Ya lo tengo a tiro...

3.- “Corazón de hielo”

Adoro cuando se pone a jugar con un dadito de hielo. Me emboba ver como lo envuelve suavemente con sus dedos, como deja que resbale húmedo por la palma de su mano; como juega con él mientras el pobre dadito se va derritiendo poquito a poco y va entregando su vida sin apenas ofrecer resistencia. Y me embarga el nerviosismo; cuando ya abatido y desaguándose, lo toma fuertemente con dos dedos, y se lleva al dadito a esos labios carnosos y sonrosados, lo pasea de comisura a comisura, lo abrasa de dulce calor. Y el dadito comienza a dar sus últimos suspiros. Se ha perdido en la cálida ratonera de su fin.

Adoro pensar que si le hace eso al dadito de hielo, qué no me haría a mí...

4.- “Echar de menos”

Dios... Cómo te voy a echar de menos...”, dijo Ana con voz quebrada mientras lo miraba fijamente y esbozaba a la vez una pícara sonrisa. Él la miraba como si estuviera ausente. Le costaba un mundo mantenerle la mirada, pero lo conseguía a duras penas. Pero Saúl se rindió. Hizo ademán de mover sus labios para decir algo, pero Ana puso su dedo índice en los labios de Éste y lo detuvo. “No digas nada, ya sé lo que vas a decirme, así que no digas nada. Ya sé que la que se muere soy yo.

5.- “El No Beso”

- Debiste darme aquel beso – suspiraba para sí mismo. Sin saber el cómo ni el porqué, se encontró inexplicablemente pensando en aquel momento en que ocurrió, o en que en realidad, no ocurrió. ¿Por qué estaba pensando en eso ahora? Quizás era porque le daba vueltas a una frase que había escuchado por la mañana mientras desayunaba en la cafetería: «Cada camino que escogemos o que no cogemos, nos lleva hacia una vida completamente diferente, a universos paralelos...» Aquellas palabras llevaban retumbando en su cabeza todo el día, y probablemente esa era la razón de aquel recuerdo tan inesperado como lleno de emoción. En su mente conservaba aquel instante con todo detalle, como si de una fotografía se tratase. Aquella chica a la que llamaba rubia pese a ser morena, su pelo corto, las suaves líneas que dibujan su rostro, su cautivadora sonrisa y sus preciosos ojos marrones... Aquel instante tumbado en el sofá, ella sentada a su lado con las manos en los ojos de Él, tratando de tapar el mundo y pensando en qué camino tomar al llegar al cruce. Él también sabía que llegaba el cruce, pero sólo pensaba en una dirección cuando a través de las rendijas que dejaban sus dedos, la veía humedecerse sensualmente los labios, dispuesta a darle el beso que lo cambiaría todo, el camino que les llevaría a una vida quizás llena de aventuras, o tal vez, llena de peligros, pero al fin y al cabo, una vida juntos.

Él deseaba ese beso con toda su alma, pero... en el último cruce, la chica giró y aquel beso se escapó...y con él una vida por vivir...

Por eso hoy, recordaba aquel instante, y podría decir sin temor a equivocarse, que aquel beso no recibido, fue uno de los mejores de toda su vida...

6.- “El olvido de las letras”

Sentada junto a la ventana de la cafetería, en la pequeña mesa diseñada exclusivamente para una persona, miraba a través del cristal cómo el agua de lluvia rebotaba en los pequeños charcos que se habían hecho en la calle. Las gotas de agua se aferraban como podían al cristal por donde observaba, El chocolate caliente humeaba en su taza, en su mano derecha el bolígrafo, su mano izquierda apoyada en la parte superior de la hoja. Pero no salía nada de su interior. Era incapaz de trasladar lo que su corazón quería expresar a la hoja en blanco que estaba frente a ella, y fue entonces cuando pensó que mejor se iba a casa y lo escribía en el portátil. Se le había olvidado cómo pasar de pensamiento a escrito.

7.- “No te conozco de nada”

No te conozco de nada. Sólo he visto una pizca de ti. Pero sé que hay personas que aparecen de repente en nuestras vidas y nos marcan para siempre. Hoy te veo tan frágil y tan triste, escondiéndote en tu silencio, endureciéndote en tu dolor, tan alejada de la pizca que conozco de ti, que me asusta no poder seguir conociéndote. No me preguntes por qué, no se puede explicar, pero te tengo el cariño suficiente para preocuparme por ti. Te pase lo que te pase, quieras o no, estaré ahí, aunque sea en la distancia. Podré o no podré ayudarte, pero mis ya tristes experiencias son fuente de sabiduría. Así que...cuenta conmigo... Un abrazo, Amiga.

8.-“Mamá”

- ¡¡Y restos de lágrimas en las mejillas!!! ¿Y aún me juras y perjuras que no te ha pasado nada?
- Que no, mamá, que no ha pasado NA-DA.
- Te has caído... ¿verdad?
- ¡¡Que te he dicho que no!!
- ¿No? ¿Seguro? Has entrado por detrás. Has guardado la bicicleta en el garaje. Te has cambiado los pantalones y la camiseta. ¿Seguro que no te has caído? ¿Qué me escondes?
- ¿Ahora no puedo guardar la bici y cambiarme de ropa?
- Claro que sí, hijo, pero al menos lávate los churretos de la cara...

9.-“Invencible”

Amanda releía una vez más la carta que tenía entre sus manos, la carta de su amado, un trozo de papel ya raído y casi ilegible después de seis meses. Pero el día había llegado. Hoy volvería a reencontrarse con Samuel después de tres duros años.

Se sentía afortunada, feliz, dichosa porque su amor volvía vivo de la más dura de las batallas; según las pocas líneas que conformaban la carta su comportamiento había sido ejemplar y su valentía y destreza le había grajeado un merecido ascenso a contramaestre. « ¡Oh, mi Samuel, segundo de a bordo!».

Samuel se marchó con la pena de un niño miedoso y volvía con la gallardía de un hombre heroico. Ya no habría impedimentos de ninguna índole para que pudiese ser desposada por su amor de la niñez.

Era un día de fiesta, Londres se engalanaba para recibir a los marinos que habían asolado a la terrible armada invencible española. Las calles lucían guirnaldas y banderas, en el mejor teatro de la ciudad se podría admirar una

bella obra de un tal Shakespeare, los puestos de comida y bebida se sucedían a ambos lados de la calle, y todo el mundo parecía sonreír.

Amanda seguía avanzando por la calle principal sin reparar en nada de lo que había a su alrededor. Alzaba como podía su vestido para no mancharlo de barro. No podía hacer lo mismo con sus zapatos, pero no le importaban. Su objetivo era llegar a la plaza cuanto antes, estaba lista para la pavana, estaba lista para bailar junto a su prometido. Amanda se sentía feliz.

La plaza estaba abarrotada, casi toda la ciudad estaba allí. Amanda se hizo paso entre la multitud como pudo y se colocó en primera fila, justo al lado de los soldados que delimitaban un enorme círculo libre en la plaza, el lugar para los valientes marinos.

Comenzaron a entrar por el pórtico de la plaza. Todos marcando el paso, en filas de a cuatro. Amanda se ponía de puntillas para mirar por encima de los hombros del soldado. Buscaba ansiosa a su valiente. Y lo divisó. Era el tercero de la primera línea del segundo regimiento. Más guapo de cómo lo recordaba, más alto, más hombre. Con su casaca roja, su sombrero emplumado y su mosquete al hombro. Era su héroe. Era su hombre. Comenzó a gritar su nombre, sin esperanzas de hacerse oír por culpa del gran tumulto que había. Pero Samuel la oyó. Sin mover la cabeza, sin romper la formación, desvió su mirada, y sus ojos se cruzaron con los de Amanda. Samuel sonrió. A Amanda le brillaba el rostro. Samuel le guiñó un ojo y Amanda no pudo evitar las lágrimas de alegría.

Los marinos formaron en el centro. El Almirante dijo unas palabras de agradecimiento y patriotismo y ordenó romper filas. Los soldados dejaron la formación y la marea de ciudadanos rodeó a sus héroes. Amanda perdió de vista a su amado, pero sólo fue un momento, porque al apartar al anciano que se encontraba frente a ella, ahí estaba, su amor, sus ojos, su todo. Samuel la miraba fijamente. Sobraban las palabras.

Su amado se arrodilló ante ella sacando a relucir una preciosa sortija. Como por arte de magia la gente se apartó de ellos, fueron el centro de atención.

– Mi lady... ¿Me concederíais el honor de ser la señora de Samuel Hunter?

– Lo deseo con toda mi alma. Sí, quiero...

“The End”

Otros títulos del Autor:



EL RELOJ



ME QUERRÁS EN 11 SEMANAS



SIN VIDA



LOS AMORES QUE TE DEBO



EMPOTRADA POR AMOR

Primera edición: febrero 2014
Segunda edición: diciembre 2016
Tercera edición: octubre 2017

© Derechos de Edición Reservados
Fran Cazorla
www.fran-cazorla.webnode.es
fmcazorla1@gmail.com

© Fran Cazorla
Edición: Fran Cazorla
Maquetación: Fran Cazorla
Diseño de cubierta: @ Fran Cazorla

Producido por: Fran Cazorla

ISBN:

DEPÓSITO LEGAL:

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.